



un paraíso para cada difunto

SILVER KANE



Clive ya se había fijado en la mujer desde que dejaron la lujosa clase primera del «Jumbo», en Caracas, para subir al más modesto «DC-8»

de clase única que iba a realizar el vuelo hasta las costas de las Guayanas. La mujer iba vestida de blanco, como correspondía al clima, pero con una seda muy gruesa, que no se arrugaba, y con una elegancia que la hubiera hecho destacar incluso en una tienda de los Campos Elíseos. Llevaba zapatos de firma y medias de calidad. Sus discretas joyas lucían el sello de uno de los mejores orfebres de Roma.



Silver Kane

Un paraíso para cada difunto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1281

ePub r1.1

Lds 03.07.18

Título original: *Un paraíso para cada difunto*

Silver Kane, 1975

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Clive ya se había fijado en la mujer desde que dejaron la lujosa clase primera del «Jumbo», en Caracas, para subir al más modesto «DC-8»

de clase única que iba a realizar el vuelo hasta las costas de las Guayanas. La mujer iba vestida de blanco, como correspondía al clima, pero con una seda muy gruesa, que no se arrugaba, y con una elegancia que la hubiera hecho destacar incluso en una tienda de los Campos Elíseos. Llevaba zapatos de firma y medias de calidad. Sus discretas joyas lucían el sello de uno de los mejores orfebres de Roma.

La desconocida había cruzado muy sabiamente las piernas mientras tomaba un combinado en el bar de la clase primera del «Jumbo». Clive, que usaba pasaporte diplomático, también tenía derecho a viajar en aquella clase. Se dio cuenta de dos cosas: de que las piernas de la chica eran perfectas y de que usaba medias clásicas, no «*pantis*». La seducción de sus líneas resultaba tan embriagadora incluso para un hombre como él, que se olvidó incluso de que habían llegado a Caracas.

Y ahora volvían a viajar juntos en el casi desocupado «DC-8».

Iban a atravesar a gran altura el Valle de la Pascua, a hundirse en las selvas del Orinoco poco después de que éste recibiese las aguas del peligroso Apure, y a sobrevolar Ciudad Bolívar y Eldorado, un nombre que para los tipos como Clive tenía resonancias casi legendarias. Poco después tendrían a sus pies el río Mazaruni, ya en la Guayana holandesa, y llegarían a ver a su izquierda las cálidas aguas caribeñas que bañan Georgetown y New Amsterdam. Entonces estarían llegando casi a su destino entre Surinam y la

Guayana Francesa, Grillas del río Maroni.

Pese a que era la primera vez que Clive realizaba este viaje, conocía perfectamente la ruta. Se sentó junto a una ventanilla, cerca de donde estaba la hechicera mujer, y simuló embriagarse con la contemplación del paisaje cuando en realidad estaba embriagado con algo mucho más concreto: las sólidas piernas de la hembra que tenía al alcance de sus ojos.

Todo era maravilloso en aquel viaje.

La quietud del avión.

El escaso pasaje, lo cual prestaba mayor tranquilidad a todo.

Maravilloso el cañón de la «Luger» que de pronto se apoyó con suavidad en la nuca de Clive Marton.

Una voz pastosa dijo con un deje lánguido:

—En pie, macho.

Clive ni siquiera se había fijado en el tipo que estaba detrás de él, pero de pronto lo descubrió. Era una especie de bicho raro internacional de esos que suelen encontrarse en las salas de espera de los grandes aeropuertos del mundo. Tipos vestidos de una manera estrafalaria, con el pelo peinado a lo «pantera negra», con una mano en el bolsillo y la otra puesta en los muslos de alguna tía buena. Fulanos que podrían ser accionistas de la Banca Rothschild o simplemente pordioseros que podrían haber robado el billete del avión. Clive había visto a muchos de ellos, pero sin prestarles demasiada atención. Formaban un mundo completamente aparte.

Y he aquí que uno de ellos se había propuesto resolverle la papeleta del destino. He aquí que uno de ellos le hacía cosquillas en el cogote con el cañón de su «Luger».

No era él solo. Otro tipo similar, había apoyado el cañón de una segunda «Luger» en la cabeza de un fulano muy melifluo, muy arregladito, que ocupaba el asiento del otro lado del pasillo. Y éste también dijo:

—En pie, macho.

El tipejo obedeció mientras lanzaba un gemidito y decía:

—Sin insultar, ¿eh? Sin insultar...

Clive se puso también en pie mientras alzaba un poco las manos y susurraba:

—¿Qué significa esto?

—Vosotros dos sois rehenes. Os volaremos la tapa de los sesos si

la tripulación no obedece.

—¿Y qué es lo que tiene que obedecer?

—Eso no te importa. Andando.

Clive Marton salió al pasillo, siempre acariciado por la «Luger», y se dio cuenta de que la situación había cambiado en sólo unos segundos. Un tercer individuo, vestido como los otros dos, encañonaba igualmente a una azafata. Ya eran tres los rehenes con los que podrían «convencer» a la tripulación y obligar a los restantes pasajeros a estarse bien quietos.

—Por pura curiosidad susurró Clive. —¿Cómo habéis podido pasar las armas?

—Un mecánico amigo las había dejado bajo los asientos que íbamos a ocupar. Y ahora... ¡arreando!

Le pegó brutalmente con el cañón en la columna vertebral, produciéndole un espasmo de dolor, pese a ello, ni siquiera hubo un fruncimiento en sus labios. La azafata se había puesto a gemir. El que la apuntaba gritó:

—¡Quietos todos! ¡El avión queda secuestrado! ¡Dispararemos contra los rehenes si alguien hace un movimiento que no nos guste!

Uno de los auxiliares masculinos de vuelo hizo un movimiento que «no les gustó». Intentó saltar sobre el individuo para dejar libre al menos a la azafata.

El hombre que la apuntaba disparó sin vacilar. Una de las balas alcanzó de lleno en el corazón al auxiliar de vuelo. La otra hirió de muerte a la azafata que cayó como una masa inerte.

Clive Marton sintió que la lengua se le pegaba al paladar. Pero no hizo un solo movimiento. Notó que le empujaban hacia la cabina de los pilotos mientras el resto de los pasajeros —unos cuarenta en total, pues el avión iba semivacío— quedaban mudos de horror.

El que había quedado «libre», después del doble asesinato, apuntó al piloto y el copiloto. El telegrafista y el mecánico habían alzado los brazos maquinalmente. Los otros dos volvieron sus cabezas.

El piloto, un veterano de toda clase de aparatos, un hombre que había empezado a planear en Corea, demostró una envidiable serenidad. Pese a saber que se las había con vulgares asesinos de la peor ralea, preguntó secamente y sin un temblor en la voz:

—¿Qué es lo que desean?

—¿Adónde va este aparato?

—¿No lo saben y han tomado pasaje en él?

—Limítese a contestar. Queremos saber exactamente qué escalas tiene previstas este aparato.

—Ninguna ya. El vuelo es directo al aeródromo de Punta Maroni, en la república de Nueva Surinam.

—¿Qué república es ésta?

—Un Estado independiente entre las Guayanas holandesas y francesa. Tiene salida al mar cerca de Paramaribo, su capital es Punta Maroni. Parece mentira que no sepan eso después de haber embarcado aquí. La república era relativamente pobre hasta hace un par de años, pero ahora se ha descubierto petróleo en ella. Eso y la constante subida de los precios en las maderas tropicales la han convertido en un país tan rico como un sultanato del Golfo Pérsico. ¿Qué más quiere saber?

El asesino no contestó.

Estaba claro que había intentado dar a sus compinches un margen de tiempo para dominar por completo el pasaje, antes de dar él mismo órdenes concretas. Por su parte el piloto también intentaba ganar unos minutos que podían ser preciosos, sin desviarse de su vuelo normal. Pero pronto se dio cuenta de que las cosas no iban a ser fáciles.

—Tiene que desviarse a Cuba —dijo el asesino—. Y ahora mismito...

Mezclaba el inglés con algunas palabras españolas que pronunciaba con acento arrastrado. Su raza y su nacionalidad resultaban muy difíciles de precisar. Pero en cambio sus «Luger» eran alemanas y de primera calidad: lo habían demostrado fehacientemente.

—No tenemos gasolina —dijo el piloto suavemente—. El «DC-8»

está proyectado para vuelos transoceánicos, es verdad, pero sólo hemos llenado parte de los tanques. Habría que volver a Caracas.

—No, Caracas no. Es un aeropuerto demasiado vigilado.

—Pues a Port of Spain, en la isla de Trinidad...

—Ponga rumbo hacia allí.

—De todos modos no sé si llegaremos...

El piloto movió suavemente el timón. Ahora el silencio en el

avión era absoluto, prueba evidente de que los asesinos tenían la situación controlada. El tipo que estaba en la cabina hacía oscilar con suavidad la pistola para tener controlados a los cuatro hombres. Sus ojos se clavaron de pronto en los indicadores que señalaban la existencia de gasolina en el aparato.

Los tanques estaban a tope.

El asesino hizo un gesto de rabia. Dominado por sus nervios, por sus bajos instintos o por su propio terror, no soportó la sensación de ser un juguete en manos de un piloto que le estaba engañando. Moviendo suavemente la derecha gruñó:

—Al menos tú no vas a llegar...

Y disparó contra la nuca del piloto. Éste dio un terrible salto hacia adelante, quedando empotrado en el panel de mandos. Al caer empujó el timón y el aparato dio un bandazo terrible, un bandazo que el copiloto pudo dominar a duras penas.

Pero durante unos segundos no hubo allí quien controlara el equilibrio. No hubo quien pudiese apuntar con precisión a ninguna parte. Los tres asaltantes tuvieron que sujetarse como pudieron al borde de los asientos.

Y ése fue el momento que Clive eligió para intervenir. Ya había visto demasiado. Ya había tenido la lengua pegada al paladar demasiado tiempo.

Lo primero que hizo fue girar un cuarto de paso sobre sí mismo.

Lo segundo consistió en sujetar la mano armada del enemigo que tenía a su espalda, y el cual aún no podía sostenerse en pie.

Lo tercero consistió en clavarle la rodilla en el bajo vientre.

Lo cuarto en ejercer una terrible presión sobre el brazo, volviéndolo al revés. El chasquido de los huesos al romperse pareció llenar al aparato entero.

Lo quinto consistió en sujetar con la mano izquierda la nuca, y con la derecha el pelo.

Tiró rabiosamente hacia un lado.

Las vértebras cervicales se partieron como si fuera de cristal. El cadáver se arrugó aún antes de que Clive le arrojase a un lado con un gesto de desprecio.

Todo eso había ocurrido en sólo unos segundos. Los tíos restantes asesinos aún luchaban por mantenerse en pie.

Clive despreció la «Luger», a pesar de que la tenía al alcance de

su derecha. Una bala que perforara la cabina podía ser fatal en aquellas circunstancias.

Se lanzó de cabeza contra el enemigo que estaba al fondo del pasillo.

No había recobrado del todo el equilibrio.

Y Clive no le ayudó precisamente a recuperarlo. Le empotró materialmente en la puerta de uno de los lavabos, que se convirtió en astillas.

El tipo disparó, pero la bala se empotró en el suelo, yendo a parar al departamento de equipajes. A continuación aquel tipo ya no supo lo que le estaba ocurriendo.

Clive lo sujetó por las piernas.

Con fuerza hercúlea, tiró de él hacia arriba, colocándolo en posición invertida, con la cabeza en el suelo.

El otro gemía como un condenado. Y al fin y al cabo eso era exactamente.

Clive le apretó el cuello con el pie. Lo tuvo así férreamente inmovilizado, como si formase parte del suelo mismo.

La cabeza de su enemigo quedaba aplastada hacia la derecha de Clive. El cuello estaba, por lo tanto, terriblemente torcido.

Clive empujó los pies hacia el lado derecho también con todas sus fuerzas, mientras apretaba aún más el cuello de su enemigo. El movimiento de palanca hizo que las vértebras también se partieran como si fuesen de cristal. Pero esta vez el «craaaak» fue tan siniestro que heló la sangre de todos los que estaban en el aparato.

El de la cabina se dio cuenta entonces de que estaba solo.

Giró espasmódicamente.

Y se puso a disparar como un loco, aunque no veía contra quién. Dos asientos vacíos fueron atravesados. La cara de un hombre que había tratado de ocultarse se volvió espantosamente roja.

Aquel buitre podía haber acabado con la mitad del pasaje, y con Clive mismo, de no haber surgido en aquel momento la deliciosa pierna de uno de los asientos. Era una pierna torneada, larga. Estaba envuelta en una media fina. Era deliciosa.

Y tenía una mala baba de espanto.

Porque se clavó de lleno en el vientre del tirador.

El tacón era fino.

Pareció penetrar hasta la entraña misma de aquel hombre.

Se le oyó gritar de una forma lacerante mientras la pistola temblaba. Clive Marton vio que era la hermosa desconocida la que acababa de salvarle la piel y quizá también la piel de todo el pasaje.

Se lanzó en plancha a lo largo del pasillo.

E hizo una serie de cosas perfectamente sincronizadas.

Primera, golpear la muñeca derecha de su enemigo para que éste tuviera que soltar la «Germán Luger».

Segunda, sujetarle por los cabellos.

Tercera, inclinarlo hacia adelante.

Cuarta, darle un «golpe de guillotina» con el canto de la mano derecha. El golpe fue propinado de lleno en el cerebro, en el centro del llamado «árbol de la vida».

Y el individuo se encontró con la muerte.

Cayó como un fardo a los pies de Clive.

Éste pareció no inmutarse. Mientras miraba a la mujer de las piernas succulentas, susurró:

—Gracias.

—Gracias a usted, amigo.

—Bueno... Parece que el aparato pierde altura, ¿no?

—Seguro —dijo la chica—. Desde mi puesto he visto que el piloto está muerto. Y no hay duda de que el copiloto se ha desmayado.

—Pues la cosa se va a poner mal, porque yo sé manejar un avión, pequeño, pero no este gigante... Va a tener gracia irnos juntos al infierno ahora que somos tan amigos, muñeca.

La chica avanzó hacia la cabina mientras decía:

—Esos tipos no debían saber ni dónde está Cuba. No eran refugiados políticos, sino vulgares asesinos que se habían fugado de alguna cárcel de Venezuela. Creo que al fin y al cabo no se quejarán. Han tenido una muerte «de altura».

Clive se pasó el dorso de la mano por la boca.

Diablos, había encontrado a su alma gemela.

Aquella chica pensaba como él. Hablaba como él. Atizaba como él.

Quizá le gustaban las mismas cosas que a él.

En ese caso lo iban a pasar bomba cuando llegaran a Punta Maroni.

Bueno..., si llegaban.

Pronto se convenció de que sí, de que tenían grandes posibilidades de conseguirlo. No se había producido ningún descenso de presión en el aparato, lo cual indicaba que ninguna de las balas había llegado a atravesar el fuselaje exterior. La muchacha, además, demostró una fantástica serenidad. Apartó el piloto muerto, echó una ojeada al copiloto, que efectivamente había perdido el sentido, y tomó en sus manos el timón. Si no era una auténtica profesional, hubiera podido serlo. La suavidad con que enderezó el gigantesco aparato, el que unos años antes era el auténtico rey de los cielos, produjo la sensación de una nota musical. Fue una auténtica obra maestra.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Clive suavemente.

—Hago acrobacia aérea. Voy precisamente a Punta Maroni para una exhibición internacional. ¿Y tú?

Clive Marton dijo con una leve sonrisa:

—Yo voy a que me maten...

CAPÍTULO II

El aeródromo de Punta Maroni apareció poco después ante sus ojos como una serie de cuchilladas blancas practicadas en la selva verde. Todo lo que era Nueva Surinam se resumía allí, en aquella ciudad colonial, rica, viciosa, donde se decía que vivían las aventureras más hermosas del mundo. Todo lo que la joven república significaba en el mundo estaba allí, ante los ojos, con las casas blancas que eran resto de un pasado colonial; con los rascacielos de las grandes compañías, que allí habían encontrado la tierra de promisión para sus negocios; con las torres de petróleo en la bahía, casi a la vista de las ciudades de Moengo y de Mana, y con la selva que lo envolvía todo. La selva lujuriente, inmensa, devoradora, surcada por mil riachuelos infestados de miasmas y de fieras, aplastada por el sol, dominada por los mosquitos, cruzada de noche por legiones de vampiros. La selva del diablo que durante siglos había sido el terror de los hombres de Cayena:

Clive, sentado en el puesto del copiloto, que aún no se había restablecido, miró la perfecta pista de aterrizaje. El aeródromo era moderno y había sido construido por una gran compañía norteamericana en un tiempo récord, dotándolo de tantos adelantos técnicos, aunque en menor escala, como pueda tener por ejemplo el Charles de Gaulle.

Aquél era un mundo fascinante, lleno de vida, de novedad, de luz, incluso para un hombre tan experimentado como Clive Marton. Lástima que fuese allí para, quedarse bien quieto en una blanca tumba.

La muchacha, que llevaba la falda sobre las rodillas para poder trabajar mejor, desconectó un momento la radio para poder decir a Clive:

—Por cierto, aún no sabes ni mi nombre.

—Lo he recordado mientras te miraba. Te llamas Inger. Hace un año pertenecías a los pilotos acróbatas Las Flechas del Diablo.

—Aún pertenezco a ellos, pero he aceptado este trabajo especial porque me pagan bien. Además éste es un concurso individual, no de grupos. Y ahora estate atento. Vamos a tomar tierra.

Conectó la radio de nuevo.

Se había puesto en contacto con el aeródromo, como era lógico, dando cuenta de la emergencia. Desde la torre de control le dirigían la maniobra meticulosamente, pero la verdad era que no hacía ninguna falta. El avión se estaba posando suavemente como si lo dirigiera, el más experto de los pilotos profesionales.

Todos los elementos de auxilio estaban al borde de la pista, desde ambulancias hasta *jeeps* de la Guardia Nacional. Todos los puntos de posible aterrizaje habían sido rociados hasta la saturación con espuma carbónica. El aeródromo completo estaba en fase de «alerta roja».

Pero el

«DC-8»,

se posó con la suavidad y la elegancia de una avioneta. Las puertas fueron abiertas y una auténtica muchedumbre de policías se lanzó hacia el interior.

Clive los miró con atención.

Bien alimentados.

Lustrosos.

La atención de los policías se distribuyó equitativamente entre dos cosas muy distintas: por un lado los muertos. Por otro lado las piernas de la chica que había logrado hacer tomar tierra a aquel gigante de los cielos. Al fin ganaron las piernas de la chica. De los muertos, al cabo de unos segundos, ya no se acordaba nadie.

Tampoco se acordaba nadie de Clive.

Mejor.

Clive se puso un cigarrillo entre los labios.

Pero no lo encendió.

La voz había dicho muy suavemente a su izquierda:

—No se puede fumar aún.

El policía le miraba fijamente. No era gordo como los otros, sino que tenía una cierta pinta famélica. Daba la sola sensación de que

se gastaba toda la paga en *whisky* y en señoras. Estaba chupado. Pero llevaba una «Magnum».

—Gracias —dijo Clive.

Pero no retiró el cigarrillo.

El policía musitó:

—¿Clive Marton?

—Sí.

—Usted se llama ahora Henry Milton.

—Pues, qué bien...

—Le están esperando. Si todo sale bien, vivirá. De lo contrario...

—¿Dónde está el cementerio? —preguntó lánguidamente Clive Marton, alias Henry Milton.

—Junto al mar y junto a la selva. Pero no tenga miedo. Es un sitio con magníficas vistas.

Y hay un manantial de aguas medicinales muy cerca.

—Me gustan mis nuevas iniciales —dijo Clive mientras retiraba el cigarrillo al fin—. H. M. —Ahora tóquese el bolsillo derecho de la americana. Lleva el nuevo pasaporte en ella. Y tarjetas con su nueva identidad. Y recibos de un club de golf. Y un talonario del Bank of América. Y una tarjeta de crédito del

Dinner's

Club. Todo pensado y hecho para Henry Milton.

—¿Fue un tipo que existió?

—Sí.

—¿Vive?

—La diñó el mes pasado. Fue un casual accidente de tráfico en París. Perdió sus documentos y parte de ellos han sido aprovechados. Y ahora no puedo hablar más con usted. Deme los documentos viejos.

Clive sonrió.

—Pálpese el bolsillo de su derecha —dijo—. Ya los tiene allí.

Y salió del aparato.

El aire tropical e hirviente le dio en la cara. Dentro del «DC-8»

se estaba muy bien gracias a la atmósfera acondicionada, pero el clima de Punta Maroni, que había matado a tantos hombres en otro tiempo, podía seguir matándolos hasta el fin de los siglos. La pista era un horno hasta llegar a las dependencias climatizadas donde

estaban la aduana y la policía del aeropuerto.

Pero quizá no era tan fácil llegar hasta allí.

Y Clive no lo sabía.

Clive avanzó por la pista.

El hombre que le espiaba desde una de las ventanas del blanco edificio de la terminal alzó su rifle calibre 22 con mira telescópica y silenciador acoplado.

Puso en la recámara una bala con punta de mercurio.

La cabeza de la víctima estallaría en cien pedazos. Nadie se iba a enterar ni desde dónde habían disparado contra él.

Apuntó.

La cabeza de Clive se recortó claramente en el punto de mira telescópico. Pareció concentrarse en los dos puntos de la cruz.

Estaba perfecto.

Piedad para su alma.

CAPÍTULO III

El hombre fue a cerrar el dedo sobre el gatillo.

Si notó una corriente de aire a su espalda fue algo muy fugaz, muy breve, como un soplo, como un aliento. La puerta se había abierto sin que él lo advirtiese. La mano que empuñaba un cuchillo con mango de plomo se alzó ligeramente.

Fue también como un soplo.

El cuchillo no hizo el menor ruido.

La hoja se clavó hasta las cachas en el corazón del tirador emboscado. Éste se estremeció convulsamente, pero aún tuvo tiempo de apretar el gatillo de su rifle.

Naturalmente, la bala no podía llegar a ningún punto concreto porque el cañón ya no apuntaba. El valioso proyectil se perdió. La lejana cola de una avioneta «Pipper Comanche», saltó hecha pedazos, pero nadie se dio cuenta en el primer momento.

La persona que había lanzado el cuchillo fue hasta donde estaba el muerto. Se lo arrancó y lo limpió en las respetables ropas del respetable difunto.

Luego la mujer guardó el arma, y salió de la habitación.

Mientras tanto Clive llegaba al control.

Un hombre de paisano, de fino bigote recortado y facciones herméticas, le miraba fijamente desde antes de que llegase.

—Pasaporte —exigió.

Clive le mostró el que acababan de proporcionarle. El otro apenas le dirigió una mirada superficial, quizá porque sabía que iba a llegar.

—¿Henry Milton? —musitó.

—Sí.

—A ver su pasaje.

Clive rezó mentalmente para que hubieran tenido en cuenta aquel detalle. En el pasaje auténtico figuraba el nombre auténtico. Pero encontró en su bolsillo otro a nombre de Henry Milton con el trayecto —que él efectivamente había hecho: París-Caracas y Caracas-Punta Maroni. El otro lo husmeó.

—Conforme —dijo—. Le esperábamos.

Clive pensó que había un fallo, de todos modos: la lista de embarque. En la lista de embarque confeccionada en Caracas figuraba Clive Marton, no Henry Milton. Si a la policía se le ocurría comprobarla, todo se iba al diablo.

Pero ése era un asunto, en el que no podía pensar ahora. Vio que el individuo de las facciones herméticas le hacía una seña.

—Venga —dijo.

—El «Oldsmobile» azul estaba estacionado junto al *hall* de salida. Era un magnífico ocho cilindros de los que necesitan un pozo de petróleo para ellos solos, pero no importaba. Allí el petróleo era barato. Un hombre aparecía al volante y otro se encontraba en el interior.

Clive musitó:

—Muy amables.

Y abrió la portezuela posterior.

Dio la sensación de que iba a entrar.

Pero lo que hizo en realidad fue dibujar un gesto relampagueante con su brazo derecho. Sujetó al tipo que le acompañaba, y que se había situado detrás intencionadamente, y en cuestión de dos segundos lo puso delante suyo. De modo que fue el otro quien entró en el coche cuando parecía que iba a entrar Clive.

El que estaba dentro no se dio cuenta del cambiazo.

Disparó maquinalmente, como le habían ordenado hacer. «En cuanto la puerta se abra, le achicharras. Le das en el vientre. Nada de ceremonias».

Eso le habían dicho.

Lo único malo para él fue que se equivocó de víctima. En lugar de darle a quien él creía que era Henry Milton, le dio al tipo del bigote recortado que hubiera debido quedarse atrás. Éste lanzó un sordo gruñido mientras se encogía convulsamente.

Se produjo una segunda explosión inmediata después de la primera.

Pero ésta dentro del hombre.

La bala era
dum-dum.

Estallaba una vez dentro de la víctima. Convertía en pedazos la zona que había recibido su siniestra caricia.

El tipo de la pistola miró aterrado lo que acababa de hacer. Su vacilación duró apenas unos segundos. Clive no le dejó tiempo para más.

Le echó el muerto encima.

El, por su parte, no llevaba armas.

Pero tampoco las necesitaba. El fulano que estaba atrás quedó materialmente aplastado por el cadáver durante algunos segundos. Sacó apuradamente la pistola por debajo de aquella masa muerta, para hacer un disparo, aunque fuese al azar. Pero las dos manos de Clive ya estaban aguardando la aparición de aquel arma.

—Nunca me ha gustado ser el primero en entrar en los sitios — dijo quedamente.

Y sujetó con los diez dedos la «*Parabellum*» del nueve largo con que su enemigo pretendía disparar otra vez. Una leve presión le bastó para arrancársela.

El fulano aún no sabía lo que estaba pasando.

Ni el chófer.

El chófer se había vuelto mientras gruñía:

—¿Pero qué infiernos ocurre?

La respuesta la tuvo cuando vio el cañón de la «*Parabellum*», apoyado en su nuca. Sus ojos se dilataron de horror cuando casi sintió el contacto de la

dum-dum

acariciándole los sesos.

Clive dijo suavemente:

—Abajo los dos.

El chófer se apeó. El que estaba detrás se desembarazó del muerto y salió por la portezuela del otro lado. El cadáver quedó dentro, tendido en el diván. Nadie se había dado cuenta de lo sucedido porque la pistola llevaba silenciador y porque el coche estaba entre otros dos y un seto de palmeras enanas que prácticamente lo ocultaban. Los asesinos habían elegido con toda intención aquel lugar porque sabían que tenían que matar a un

hombre.

Clive se sentó al volante. Lo sujetó con la mano izquierda, mientras con la derecha hacía oscilar la «*Parabellum*».

Fue el chófer el que gritó:

—¡Pat, no lo dejes huir! ¡El general Castillo lo quiere muerto!

Pero Pat ya no tenía ningún arma, puesto que se la habían quitado. Miró con rabia a su compañero haciéndole una seña.

El coche no había arrancado aún.

Y el chófer sacó de uno de sus bolsillos una granada de mano. Fue un gesto instantáneo. Quitó el seguro y se dispuso a lanzarla contra el capó del «Oldsmobile», que se convertiría dentro de unos instantes en una bola de fuego.

Pero para eso tenía la «*Parabellum*» Clive. No vaciló. Hizo un solo disparo directamente al pecho de aquel hombre.

Toda la estructura de aquel cuerpo humano pareció estallar. Salió despedido a varias yardas de distancia, contra el seto de palmeras enanas. La granada con el seguro quitado resbaló de entre sus dedos y fue a caer justamente a los pies de su compañero, que inició un aullido de terror.

No llegó a terminarlo.

La granada le envió más allá del seto.

Todas las dependencias del aeródromo se llenaron de gritos, de maldiciones, de silbatos estridentes. Alguien barbotó:

—¡Ese coche...!

Clive había arrancado ya. El «Oldsmobile» era un magnífico petardo capaz de desarrollar los ciento ochenta por hora. Pero también eran unos magníficos petardos las dos «Harley-Davidson» que los motoristas mantenían a poca distancia con los embragues a punto de dispararse. Los dos llevaban pequeños fusiles ametralladores colgados del cuello, y al oír la explosión de la bomba se dieron inmediatamente cuenta de lo que pasaba.

—¡Ése es el coche!

—¡Ha logrado huir!

—¡Pronto! ¡El general Castillo lo quiere muerto!

Era la segunda vez que Clive se enteraba de aquel agradable deseo del general Castillo. Y como sus secuaces iban a disponer de metralletas y conocían mucho mejor las calles de Punta Maroni, comprendió que tenía que hacer algo para evitar aquella

persecución implacable. Las «Harley-Davidson», además, serían mucho más veloces que su bólido de ocho cilindros. De modo que se despegó de la zona de *parking* con un rugido y se lanzó hacia el centro de la carretera. Todo se desarrollaba ante él cómo una película vertiginosa en la que las imágenes danzaban locamente.

Vio el carro de frutas.

Piñas del Caribe. Frescos aguacates. Naranjas amargas de las que empezaron a cultivarse en Curasao. Cocos redondos y grandes como cabezas de negritos. Dátiles grasientos que habían sido obtenidos en lejanos palmerales junto a las playas.

El carrito llegaba allí para atraer a los turistas que de vez en cuando se dejaban caer desde la fría Nueva York. En sus costados, unas grandes letras rojas decían: «PUNTA MARONI TYPICAL».

Clive lo embistió por el centro. Fue una lástima, ya que la fruta era de primera calidad. No se cargó al pobre asno que tiraba del vehículo ni al pobre conductor que casi tiraba del asno. Pero envió la carga por los aires, y una perfumada nube de aguacates, cocos, piñas y naranjas amargas de Curasao se desplomó sobre la calzada.

El «Oldsmobile» resbaló un momento, pero pudo seguir su marcha después de dar un terrible bandazo. Las dos motos, en cambio, se encontraron de lleno con aquella lluvia.

Uno de los hombres había sacado su metralleta con una mano.

Envió una ráfaga, que salió desviada.

El motorista se fue a estrellar contra una valla y se hundió en las aguas cenagosas de un canal que llevaba a las profundidades de la selva. Su compañero saltó de la moto como si fuera un consumado jinete y dejó que la «Harley» se estrellara contra una hilera de taxis. Puso rodilla en tierra y apuntó con su arma.

Clive lo tenía que ver por el retrovisor.

Aún manejaba el volante con la mano izquierda, mientras sostenía la «*Parabellum*» con la derecha. Apuntó con ella hacia atrás, sin volverse pero sin dejar de mirar por el retrovisor, mientras musitaba:

—Lo siento, muchacho. Espero que alguien cuide de tus siete viudas.

Y disparó.

La bala atravesó el cristal posterior.

Fue en línea recta hacia el casco blanco del motorista.

Lo perforó.

Pareció como si un gigantesco huevo se rompiera. Algo a la vez rojo, blanco y gris estalló y se dispersó en mil pedazos.

Clive dobló sobre dos ruedas la inmediata esquina. Vio que la carretera giraba a la izquierda y la tomó a gran velocidad. Nadie le perseguía ya.

Detrás suyo había dejado una especie de infierno.

Pero delante estaba la amable Punta Maroni con sus millones de palmeras, sus calles rectas y blancas, sus rascacielos de cristal, sus chicas sonrientes. El siniestro río que daba su nombre a la República quedaba a la derecha. Durante casi un siglo, miles y miles de hombres habían llegado hasta allí desde El Havre, Tolón o Brest sabiendo que aquello significaba la muerte. El siniestro buque *La Martinière*, había hecho de ataúd flotante^[1] llevando de un lado a otro del Atlántico toda aquella carne de guillotina.

Clive fue directamente hacia la ciudad vieja, sabía que allí iba a ser mucho más difícil perseguirle y localizarle. Su ostentoso vehículo iba a ser mucho más notado, desde luego, pero podría abandonarlo con facilidad y perderse en cualquier callejuela.

La ciudad vieja tenía un aspecto cansino, colonial y dulce. Recordaba muchas calles de San Juan de Puerto Rico, Cienfuegos o La Habana, mientras que la parte nueva recordaba exclusivamente a Miami Beach. Allí se amontonaban los bares de poca monta, los negocios familiares, las pensiones baratas. Todo olía a fritanga y a sudor. En una calle, la de Arrabal Viejo, Clive vio la mayor concentración de señoras alegres por metro cuadrado que podía darse en ciudad alguna del globo.

Clive pensó que era un buen sitio para cambiar de ocupación. Dejó el «Oldsmobile», se dirigió a una de las señoritas, una mulata impresionante, alta, de cabellos que le llegaban hasta la cintura, y preguntó:

—¿Qué hotel bueno, limpio y barato hay bien lejos de aquí?

—¿Bien lejos de aquí?

—Sí, muñeca.

—¿Y por qué no cerca?

—Quiero hacer turismo —dijo Clive—, y esta calle no me gusta.

El tipo que estaba en el portaequipajes del «Oldsmobile», alzó entonces la tapa, pasó por el hueco la mano derecha armada de una

pequeña

«Smith & Wesson».

Veía las caderas estrechas de Clive y las caderas anchas, de auténtica potranca, de la mulata.

Fue la mulata la que dijo:

—La felicidad se puede encontrar en cualquier calle, macho.

Clive gruñó:

—Sí, nena.

Y movió la derecha.

La chica tenía toneladas de cosas que ver.

Pero Clive no las veía todas, sino que reservaba parte de su atención para el retrovisor externo del coche, por si alguien llegaba por el extremo de la calle. Y ese retrovisor le permitió ver algo que en aquel momento no había podido imaginar: la tapa del portaequipajes se estaba alzando.

Clive la aplastó con todos su peso.

La mano del tipo que estaba dentro quedó completamente destrozada.

La

«Smith & Wesson»

saltó.

Clive dijo mirando a la chica:

—Es verdad que la felicidad se puede encontrar en cualquier calle del mundo. Sobre todo la felicidad eterna de los difuntos.

Y disparó con la «*Parabellum*,» contra la tapa.

No necesitaba apuntar.

Sabía que la explosión haría volar el depósito de gasolina, pues era allí justamente donde había enviado el plomo.

Una voz aulló en el interior:

—¡Perro! ¡El general Castillo te quiere muerto...!

Luego ya nada.

Apenas un gorgoteo.

El precioso bólido de ocho cilindros en «V», se estaba convirtiendo en una auténtica tea cuyos reflejos llenaban la calle.

Pero Clive ya no estaba allí. Clive ya se largaba a gran velocidad hacía el otro extremo de la calle.

CAPÍTULO IV

Clive Martin, alias *Henry Milton*, ya había doblado la esquina y ya se mezclaba a la multitud ansiosa que iba en dirección contraria, atraída por el estallido del coche. La gente salía de los bares a preguntar, las mujeres asomaban por las ventanas, los chiquillos corrían excitados y algún que otro cliente de las pensiones baratas se largaba sin pagar. Toda la vida variopinta, llena de colorido y de luz de aquel rincón del Caribe, parecía brotar de las callejuelas blancas donde los ejecutivos de los rascacielos de cristal no entraban nunca. Había allí miles de cosas que ver, pero Clive tenía ya una idea metida entre ceja y ceja, y no se detuvo en ningún sitio.

Atravesó la ciudad vieja, recorriendo la arteria llamada de la Reconciliación, donde las señoras alegres habían sido sustituidas por los tíos tristes. Jamás había visto Clive tantas funerarias por metro cuadrado como en aquella calle. Toda la pompa de los pueblos que dan su debida importancia a la muerte estaba allí en forma de coronas inmensas, ataúdes que parecían tener hasta cocina, coches negros, fotos de caballos enjaezados, mujeres lloronas que se alquilaban a horas fijas para ir a los entierros, carteles alusivos a las ánimas del Purgatorio... Clive jamás había estado tampoco en un sitio tan extraño y tan hechizante como aquél, pero siguió sin detenerse. Después de la Avenida de la Reconciliación venían unas playas de arena dorada a orillas del río Maroni. Y un poco más allá los solemnes edificios del siglo xvii, ya en piedra verdinegra, donde se hallaban los ministerios.

Clive fue a uno de aquellos edificios.

Un centinela trató de cortarle el paso.

Clive le dio recuerdos con su pie derecho.

Mientras el fulano aullaba y preguntaba con gran interés por los

antepasados de Clive, éste subía a paso de carga unas escaleras antes de que el otro se acordara de disparar. Aunque sospechó desde el primer momento que el fusil del centinela estaba descargado porque el ministro que ocupaba aquel viejo palacio no podía fiarse ni de los miembros de la guardia.

Esa impresión se la confirmó el fulano que vino hacia él desde las escaleras, descendiendo como un rayo.

También él llevaba un fusil.

Pero no disparó.

Intentó ensartar a Clive con la bayoneta. Era una bayoneta larga como la cola de un autobús. Clive la esquivó fácilmente y puso el pie delante de las botas del otro para hacerle la zancadilla. Oyó una serie de terribles maldiciones, así como ruido de quincalla, mientras su enemigo se desplomaba escaleras abajo.

Clive no se inmutó.

Aquello de los bayonetazos era poca cosa después de lo que le había ocurrido antes.

Vio un vestíbulo.

Cuatro puertas.

Una de ellas acolchada. Las otras tres no.

Empujó la acolchada.

Vio al tío con el brillante uniforme. Botas de charol. Charreteras doradas. Medallas ganadas en misteriosas guerras. Estrellas por todas partes.

Vio a la tía sin brillante uniforme. Sin botas. Sin charreteras. Sin medallas, aunque guerra si qué debía haber dado. Sin estrellas. Sin nada.

Vamos, lo que se dice sin nada.

Los dos se besaban.

Clive cerró la puerta a su espalda mientras decía con voz opaca:

—Siento haber provocado una corriente de aire. La señorita se va a resfriar.

El hombre del brillante uniforme la soltó, miró a Clive y miró luego a la chica. Le dio un golpecito en la mejilla derecha que no era la mejilla derecha, pues no estaba en la cara sino en otro sitio. Luego gruñó:

—El señor tiene razón. Te vas a resfriar, nena. Vete a tomar una sauna.

Y la hizo salir por una puerta reservada. La chica, antes de largarse, recogió apresuradamente sus cosas, que tenía sobre una silla.

Luego el hombre que se había desprendido de ella puso entre sus labios un largo cigarrillo de fabricación especial. Miró al recién llegado.

—Señor Henry Milton, supongo —dijo.

—Sí —dijo el joven sin ningún entusiasmo.

—Siéntese —ofreció el otro—. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, no me apetece fumar ahora.

—Pues es una lástima, porque los fabrican especialmente para mí... Póngase cómodo, señor Milton. Aquí me tiene, para servirle. Soy el general Castillo...

CAPÍTULO V

Clive Marton lo miró bien. El fulano rondaría los cuarenta años y era demasiado joven para haber llegado a general, pero en bastantes países uno no tiene por qué extrañarse de esas cosas. Un golpe militar hace que un teniente se convierta en general de división, y un grumete en almirante de la flota. Clive sabía perfectamente que en Punta Maroni, se había producido un golpe militar dos años antes, y que el equipo entonces, triunfante aún estaba en el poder. El general Castillo había trepado hasta las alturas desde un oscuro cuartel departamental, dónde tenía el empleo de mayor. Ahora era el responsable de la Seguridad Nacional, lo que le daba el mando absoluto de todas las fuerzas de policía.

Clive puso tranquilamente los pies sobre la mesa.

Y gruñó:

—Usted me quería muerto.

—Sí.

Clive disparó el pie derecho.

Había cerca un gran cenicero de bronce.

El gran cenicero de bronce fue a parar como un pedazo de metralla al labio superior del general. Éste se llevó los dedos a él y los retiró con unas gotitas de sangre.

No se quejó. El tío podía ser un cabrito, eso sí, pero al menos encajaba bien.

Clive gruñó:

—Lo siento.

—¿No quería darme ahí?

—No, quería darle en un ojo.

Castillo no se inmutó tampoco. Echó hacia atrás la cabeza y se

apoyó en el respaldo del asiento mientras murmuraba:

—Sí. Le quería muerto.

—¿Por qué?

—Era una prueba.

—Pues podía haber probado con su tía...

—Quería saber si era tan bueno como me habían dicho.

—Y me ha ordenado matar...

—Sí.

—¿Qué hubiese ocurrido caso de salirse aquellos esbirros con la suya?

—Pues que se hubiera demostrado que usted no era tan bueno como decían. Y hubiese perdido los diez mil dólares de anticipo que le di, pero eso no tiene importancia. De momento los diez mil dólares americanos los he podido sacar del «fondo de reptiles^[2]», de modo que no me perjudicó en nada.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Pues que se ha demostrado que es usted tan bueno como decían. O más. Le envié a mi mejor gente.

—Pues parte de su «mejor gente» ha muerto. ¿No le importa?

Castillo se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

—¿Qué quiere que le diga? La gente está para vivir, pero también para morir. Los que gustan de tener una casa grande y llena de morenazas estupendas ya saben que en cualquier momento se pueden tropezar con una tumba donde apenas cabrán sus huesos. Y el escalafón tiene que moverse, ¿no? Todos los buitres a los que usted ha liquidado dejan sus cargos libres y otros buitres más pequeños los ocuparán mañana.

—Su filosofía política es sencillamente fantástica, general. Pero al Estado puede resultarle cara.

—No. El Estado no paga nada a las viudas. Carpetazo.

Y dio un manotazo plano sobre la mesa como si con ello dejara caer la lápida que cubría para siempre a todos aquellos muertos.

Clive se puso un cigarrillo en los labios.

Pero de los suyos. Sólo con oír al general Castillo ya sabía que no tenía que fiarse ni de su tabaco.

Con la voz más apacible del mundo, como si todo lo pasado no tuviera importancia, susurró:

—Bueno, ahora ya me conoce un poco. ¿Qué le parezco?

—Tan bueno como me habían dicho. O mejor. Los hombres a los que hice hurgar por toda Europa realizaron un buen trabajo.

Y añadió suavemente:

—Tenían que encontrar un hombre decidido a todo, un hombre perfecto, una mezcla de Sherlock Holmes y de James Bond, de Arsenio Lupín y de Cassius Clay o Foreman. Un hombre que, además, no tuviera _ demasiados escrúpulos a la hora de aceptar trabajo. Me sugirieron el nombre de Henry Milton y yo lo acepté. Pero no podía fiarme de una más o menos ilusoria hoja de servicios que podía estar amañada, claro. Tenía que probarlo.

—Pues lo ha hecho. Y de qué manera...

—Supongo que el trato le parecerá justo.

Ahora el que se encogió de hombros casi imperceptiblemente fue Clive.

—Por mí está bien —dijo—, aunque no sé qué opinarán los muertos. Bueno... ¿para qué me ha hecho llamar?

Castillo sonrió enigmáticamente.

—A un hombre inteligente como usted sería tonto ocultarle que tengo ambiciones —dijo.

—Ya...

—De momento soy responsable de la Seguridad Nacional. Eso me da poderes sobre la policía, que en realidad constituye también el ejército, pues aquí las dos cosas no están separadas. Sin embargo, hay cargos mucho más succulentos.

—Ya...

—Veo que usted me entiende, Milton.

—Claro que le entiendo. Y tan perfectamente bien que le voy a decir una cosa por si la ha olvidado: el presidente de la república está vivo todavía.

—No lo he olvidado, amigo. Con el presidente Robles dimos el golpe hace dos años y derribamos a los que detentaban el poder, los cuales no eran más que unos viles esclavos del populacho. Disolvimos la Asamblea Nacional, prohibimos las actividades políticas y abrimos nuestras puertas al capital extranjero, en especial el norteamericano. Desde entonces, el país ha dado un cambio radical. Ya ve usted las prospecciones petrolíferas que antes no se emprendían por falta de dinero. Hoy los pozos están proporcionando a Punta Maroni una auténtica fortuna.

—¿Quién se la queda?

La pregunta no pareció gustar demasiado a Castillo, quien la esquivó con un encogimiento de hombros.

—Bueno... —dijo de todos modos—, las compañías norteamericanas tienen derecho a quedarse con los beneficios, pero parte de ellos permanecen aquí. Ya ha visto los grandes rascacielos, los almacenes donde se puede comprar lo mismo que en Nueva York... Pero no sé por qué me pregunta eso, ya que usted, al fin y al cabo, no tiene ideas de ninguna clase. Y el pueblo de Punta Maroni supongo que le importa menos que una colección de lagartijas puestas al sol. Lo que trato de decirle es que hay sultanes en el golfo Pérsico que antes nadie conocía. Y hoy el propio Nixon daría algo muy grande por poder meter mano en alguno de ellos. Con Punta Maroni ocurre algo parecido. Hay mucho dinero a repartir hoy día. Mucho. Pero se reparte mal.

—Ya entiendo. Va a manos que nada tienen que ver con la Seguridad Nacional. ¡Qué injusticia! Con lo mucho que la Seguridad Nacional representa...

—Celebro que su punto de vista coincida con el mío, señor Milton.

—Perfecto. Y ya que coincidimos en tantas cosas, pues usted y yo estamos vivos y los demás están muertos o van a estarlo, ¿por qué no me dice de una condenada vez qué es lo que le ha movido a contratarme y hacerme venir aquí?

El general Castillo negó con la cabeza lentamente.

—Todo a su tiempo, Milton, todo a su tiempo. No pretenderá que el primer día ya le descubra todos mis pensamientos. Usted necesita veinticuatro horas de descanso en el hotel Internacional, que es de la cadena Sheraton. Le he hecho reservar una *suite*, pero debe ocuparla antes de las cuatro de la tarde. Sólo la he reservado hasta esa hora.

—¿Por qué?

—Porque yo pensaba que a las cuatro de la tarde usted estaría muerto.

Clive sonrió, quizá porque aquella conversación le parecía la mar de estimulante. Castillo era el cliente más funerario que había tenido jamás. Se encogió de hombros, arrojó al aire los restos de su cigarrillo y murmuró:

—En fin, usted quiere quitárseme de encima durante un día entero. ¿Cuándo sabré exactamente a qué he venido aquí?

—Mañana. Ya me pondré en contacto con usted, señor Milton. Por el momento ocúpese tan sólo de descansar.

—Lo haré, general —dijo Clive mientras se ponía en pie—, pero hay algunas cosas que no entiendo. Por ejemplo, ¿no le perjudicará el hecho de haberme recibido en su despacho oficial? ¿No sabrá la gente que estoy en connivencia con usted desde este mismo momento? Hubiera sido mejor vemos en cualquier lugar secreto, ¿no? Tener una cita en cualquier enclave de la selva...

Castillo puso de nuevo entre sus labios uno de sus cigarrillos especiales mientras murmuraba:

—No importa que le vean conmigo. De momento diré que está usted sometido a vigilancia y que no puede salir del país, pero que quizá sus servicios me interesen. El presidente de la república creará que quiero contratarlo para su seguridad personal. Le anuncié hace días que pensaba traer para eso a uno de los mejores gatillos de Europa.

Clive puso la mano en el picaporte. Antes de abrir giró mientras decía:

—No es una mala idea. Las cosas a la luz del día parecen menos sospechosas. Pero, oiga, antes de mañana quiero unos informes.

—¿De qué clase?

—Es una cuestión de conciencia, ¿sabe? Me refiero a la pobre chica que estaba aquí... No dormiré tranquilo hasta saber que no ha pillado ninguna pulmonía...

Y dio un portazo al salir mientras se palpaba el bolsillo para asegurarse de que seguía en él la documentación falsa.

No salió por la puerta principal. Utilizó una salida de emergencia.

CAPÍTULO VI

La Quinta Avenida, llamada así porque sólo la frecuentaban los grandes negociantes llegados de Nueva York, hervía de un tráfico realmente europeo a aquella hora de la tarde. Parecía mentira que en aquel rincón ignorado del mundo; en Punta Maroni, donde antaño la gente iba a podrirse, pudiera existir tanta actividad y tanta riqueza. Coches mastodónticos iban de un lado a otro por aquella larga calle exclusiva, más allá de la cual no había nada, salvo la ciudad vieja y el silencio de las playas. Como la gasolina iba regalada, los magnates llegados de Nueva York tomaban sus ocho cilindros hasta para recorrer doscientas yardas.

Clive miró el hotel desde la ventanilla del taxi que le había conducido hasta allí.

Veinte pisos.

Estupenda planta.

Pero demasiado occidental. Demasiado desligado del ambiente tropical y del infinito paisaje de cocoteros que se perdía en el horizonte. El taxista musitó:

—Me pagarán en el hotel, señor.

Clive entró en el elegante vestíbulo y preguntó por la *suite* que habían reservado a nombre de Henry Milton. Resultó que era la *suite* presidencial. Clive dijo que no tenía equipaje y que necesitaba urgentemente un sastre y un camiserero para que le tomaran medidas, un zapatero para que le mostrase un surtido de lo que se podía comprar en la ciudad, un camarero para que le trajese *whisky* y hielo, un *chef* para que le mostrase la carta con las especialidades de pescado del país y una chica para que le alegrase un poco las horas de descanso que necesitaba tomarse.

El gerente lo fue apuntando todo sin un parpadeo. Incluso al

llegar al final escribió tranquilamente: «Una chica». Así daba gusto. Servicio completo.

Clive subió a su habitación.

Pero chascó los dedos.

¡Maldita sea! ¡Qué dos descuidos imperdonables!

Al hablar de *whisky* no había mencionado la marca. Al hablar de la chica no había dicho nada ni del peso ni de la raza.

¿Es que se estaba olvidando de ir por el mundo?

Pero al menos la *suite* era magnífica. Estaba situada en el piso doce y dominaba una fantástica perspectiva sobre las playas doradas del río Maroni. Lo que no se sabía era si en aquellas aguas aún había caimanes, pero Olive no lo preguntó. No había venido allí a bañarse.

Eso sí, se dio una ducha.

Estaba secando su poderosa musculatura empapada, cuando empezaron a llegar todos sus encargos.

Primero un sastre chino, oriundo de Hong Kong, quien aseguró que iba a hacerle dos trajes perfectos en veinticuatro horas.

Segundo un camisero que le tomó medidas para una docena de piezas en seda natural.

«No importaba el precio —pensó Clive—. El general Castillo iba a pagar las facturas, después de todo...».

Por fin vino el camarero con una botella de «Chivas» doce años.

—¿Le parece bien, señor?

—Pché —hizo Clive negligentemente—. No es de las peores.

El *chef* se presentó a continuación. Traía una carta de pescados impresionante, donde se alineaban desde las langostas del Caribe asadas con ron «a la pirata Morgan» a los bogavantes en salsa, pasando por ostras de importación y nécoras gigantes. Clive encargó una cena para dos, rociada con vino blanco helado.

—¿Para dos, señor...? —preguntó el *chef*, un poco extrañado.

—Pues claro... Tiene que venir la chica.

—Nuestros clientes no tienen tantas atenciones con ellas, señor, si me permite decirlo. Las usan y las devuelven.

—¿Se las lleva el servicio de lavandería?

—Bueno... Algo parecido.

—Yo no quiero que ésta guarde malos recuerdos de mí —dijo Clive mientras servía sobre el hielo un chorro de *whisky*—. Para

veinticuatro cochinas horas que uno va a vivir, hay que ser amable...

Y lo de las veinticuatro horas no lo dijo en broma.

Vaya riqueza la que había quedado en Punta Maroni. Todo en manos de cuatro grandes compañías. Y lo que no tenían las cuatro grandes compañías lo tenían cuatro tíos bien situados en el Gobierno. Mientras tanto la gente seguía viviendo como ochenta años antes, aunque hubiera coches tan rutilantes en las calles.

Clive bebió un nuevo sorbo de *whisky*. Invitaría a cenar a la chica, le daría una buena suma y luego la devolvería a su casa sin tocarla. No sólo iba a hacer eso por delicadeza: iba a hacerlo también porque necesitaba todas sus energías para otras cosas.

Mientras pensaba en eso, la puerta se abrió un poco.

Una voz dijo:

—¿Permiso?

No era una voz antillana. Era una voz nórdica. Clive se dijo que estaban muy adelantados allí mientras musitaba:

—Permiso...

La mujer que entró en la *suite* la había visto ya en el «DC-8»

que le condujo a Punta Maroni, en el avión que estuvo a punto de ser secuestrado por los tres asesinos huidos de Venezuela. Aquella mujer había logrado aterrizar el gigantesco aparato, había salvado a todos de una catástrofe y además había hecho una exhibición de piernas que Clive no olvidaría en mucho tiempo.

Inger, mientras cerraba a su espalda, musitó:

—Habías pedido una chica...

—¿Cómo te has enterado?

—He visto que venía hacia aquí.

—¿Y cómo es que tú has llegado antes?

—Le he hecho una llave de judo.

Y mientras se dejaba caer con las piernas cruzadas sobre uno de los divanes tapizados en seda susurró:

—Hay que eliminar la competencia...

CAPÍTULO VII

Fue a la mañana siguiente, mientras ella salía de la ducha, pasándose la toalla por su hermoso cuerpo, cuando aclaró:

—Me sentía muy sola, ¿sabes...? Los otros pilotos que van a participar en la exhibición aérea están haciendo una visita a Barsica, a orillas del río Essequibo, y no regresarán hasta el mediodía. La exhibición es a las cinco de la tarde.

Clive entró a su vez en la ducha, tras darle a ella un cachetito en cierta carnosa parte de su cuerpo, mientras murmuraba:

—¿Por qué la hacen?

—Es para conmemorar el segundo aniversario del golpe de Estado que elevó al actual Gobierno al poder. Hay una serie de actos oficiales, pero han pensado que una exhibición aérea internacional les daría prestigio. Participamos cinco pilotos. La única mujer soy yo en estos momentos.

—Cuando te vi por primera vez no lo imaginaba, Inger.

—Bueno, éste es un oficio como otro cualquiera...

Y empezó a vestirse con coquetería, como si realizara la operación a la inversa. Oía desde allí el agua cayendo a chorro sobre los hombros poderosos de Clive. Dominando aquel sonido insistente preguntó:

—¿Tú a qué has venido a Punta Maroni?

—A trabajar —dijo sencillamente él.

—¿A trabajar en qué?

—Bueno... En cosas.

—¿No intentaron matarte en el aeropuerto? Mientras los demás pasajeros salíamos, el estrépito que oímos fue sensacional. Y a la fuerza hube de relacionarlo contigo.

Clive salió de la ducha y la miró con curiosidad. Aquella chica

estaba preguntando demasiado. Pero con una sonrisa que apenas distendía sus labios murmuró:

—Son muy complicadas las cosas que tendría que contarte, Inger, pero no renuncio a hacerlo. Lo único que te pido es que me des un par de días de plazo.

—Dos días exactos serán los que yo permanezca aquí —dijo ella mientras se ajustaba la falda—. Pero si son cosas que no me puedes contar, no te pido tampoco que lo hagas. Por cierto, hay algo que...

Se interrumpió un momento. Le miraba fijamente. Clive dijo con voz opaca:

—¿Qué?

—No, nada...

—Algo ibas a preguntarme. ¿Por qué no lo haces?

—Porque no tiene importancia. Sólo quería saber si eres soltero. Los párpados de Clive temblaron un momento.

La sonrisa se borró de sus labios unos segundos, sólo unos segundos.

Pero dijo con voz perfectamente tranquila:

—Sí, soy soltero. ¿Por qué?

—Porque llevas el retrato de una mujer.

Ahora los labios de Clive formaron una línea recta, pero fue solo durante algunos segundos también. Enseguida volvió a sonreír otra vez.

—¿Has registrado mi cartera? —susurró.

—Tú sabes bien que ese retrato de mujer no lo llevas en tu cartera. Va sujeto a la parte interna de tu cinturón. Se trata de una foto tamaño pasaporte, pero muy clara. Y la mujer reproducida en él es muy bonita. Yo diría que maravillosamente bonita.

En las facciones de Clive seguía sin haber la menor expresión. Sus ojos continuaban quietos como los de un muerto.

—Claro que lo es... —dijo—. Claro que si...

Y se volvió de espaldas para buscar sus ropas. No miró a Inger. No la vio ni tan siquiera cuando salía cerrando con toda suavidad la puerta.

Al volverse encontró sobre la mesita dos cosas: una era la tarjeta de Inger, con el número de la habitación que ocupaba en aquel mismo hotel. Otra era una invitación para la exhibición aérea de aquella tarde, que decía: «Aeropuerto internacional de Punta

Maroni, sector C, fila cuatro».

Clive la guardó.

CAPÍTULO VIII

La vigilancia en los accesos al aeropuerto era muy estricta. Todos los vuelos que tenían que llegar a Punta Maroni aquel día —tres en total— habían sido desviados a la pequeña ciudad de Mana, en la misma desembocadura, a fin de que las pistas quedaran libres. Las salidas para Caracas, en Venezuela; y Recife, en Brasil, habían sido adelantadas un par de horas con el mismo motivo. Por lo tanto el aeropuerto al completo estaba dedicado a la gran exhibición a partir de las tres de la tarde.

Llevando entre los labios un cigarrillo egipcio, con las manos en los bolsillos como un desocupado más, Clive buscó su sitio. No llevaba más armas que un cuchillo de pesado mango pegado a su pantorrilla derecha, pero sus ojos escrutaban con atención cualquier movimiento extraño, cualquier gesto sospechoso, cualquier silueta que se acercara a él con demasiadas prisas. No estaba demasiado seguro de que el general Castillo no quisiera «probarle» otra vez. Aquel hombre se había aficionado demasiado a la muerte, sobre todo porque los que morían eran los otros.

Lo mejor de la extraña sociedad de Punta Maroni se había congregado para la fiesta. La «nueva aristocracia» estaba formada por los ministros del Gobierno, los técnicos a su servicio, los nuevos generales y los representantes de las grandes compañías extranjeras que tenían intereses en el país. Un centenar largo de personas espléndidamente vestidas se había situado al borde de las pistas, donde había sillas plegables con gruesos cojines cuya visión conjunta, componían los colores de la bandera nacional. Para el presidente de la república y sus más inmediatos colaboradores, había sillones forrados de raso.

Las mujeres de los magnates norteamericanos estaban allí.

Clive, que hubiera podido pasar por guardaespaldas de alguno de aquellos millonarios, oteó el horizonte en torno suyo y pareció comprender que, por el momento, no corría peligro alguno. El ministro de Seguridad Nacional, general Castillo, pasó junto a él y no le saludó. Fue el primero en ponerse en pie cuando la orquesta militar atacó los acordes del himno nacional, al llegar el presidente de la república.

Todos le imitaron.

Clive también se puso en pie.

El presidente vestía grueso chaqué, a pesar del calor, y sudaba, aunque irnos enormes ventiladores enviase aire continuamente a las pistas. Tenía un aire astuto, pero al mismo tiempo decadente. Debía ser un hombre enfermo. Caminaba un poco encorvado y con cierta inseguridad. Quizá —pensó Clive— era un hombre que sufría una crisis física, pero su mirada dura y penetrante indicaba que aún tenía fuerzas morales para frenar a cualquiera que no estuviese de acuerdo con él o que no fuese de su grupo.

Después de escuchar el himno nacional, que recordaba un poco los acordes del *Deutschland, Deutschland...*, todos tomaron asiento. Los ministros se acomodaron en primer lugar, a ambos lados del presidente. En las filas de atrás estaban los técnicos, los directores generales y sus señoras legítimas o ilegítimas. En los sectores laterales, había público en general, aunque todo él de primera clase. Entre ese público estaba Clive. Sus ojos penetrantes seguían observando a todas partes, pero no advirtieron la menor señal de peligro.

La exhibición comenzó. Hubo un grito unánime de admiración cuando los cinco aviones aparecieron de pronto, rozando las copas de los árboles, a cinco millas del aeropuerto. Fue como si brotaran de allí, de la misma vegetación. Dejando detrás de ellos largas estelas trazadoras, el efecto que produjeron fue fantástico.

Nadie los esperaba cuando aparecieron.

Hasta el mismo Clive no pudo evitar un gesto de admiración.

Los cinco aparatos se abrieron en abanico, se cruzaron de tal modo que parecía como si fueran a chocar y volvieron al aeropuerto.

Aquel movimiento no había sido hecho al azar.

En el cielo, de un limpio color azul, las estelas trazadoras habían

dejado escrito el nombre de Punta Maroni.

La flexibilidad de aquellos aparatos de hélice era maravillosa, y Clive la conocía bien. Alguna vez había pilotado aquellos aviones de museo que, sin embargo, tenían cualidades que los modernísimos reactores, más preocupados por la velocidad y la potencia de fuego, han ido perdiendo.

Los ojos de halcón de Clive Morton distinguieron el aparato que pilotaba Inger. Era el que tenía en la cola un disco verde. Cuando la muchacha pasaba en vuelo rasante a menos de cien metros, pudo verla a pesar del casco. Y le pareció increíble que aquella preciosa muñeca, capaz de tanta perfección técnica, fuera la misma que horas antes había demostrado ser una amante dulce, casi sumisa, entregada sin inhibiciones a todos los pequeños secretos del amor.

Inger también le había visto a él. Sabía en qué sector estaba y le distinguió al volar sobre su cabeza, escorando el aparato. Pese a durar la visión unas décimas de segundo, lo reconoció tan perfectamente como si hubiera conseguido fotografiarlo.

Los aparatos hicieron unas cuantos ejercicios más, a cual más perfecto, provocando a veces escalofríos en el público. Luego se alejaron a fin de prepararse para la última prueba la más estremecedora de todas.

El general Castillo se levantó.

Dijo algo al oído del presidente.

Segundos después se alejaba entre el público hacia las oficinas del aeropuerto. Los aparatos ya estaban lejos, perdidos en la selva. Parecía como si ya no fuesen a volver.

Aparecieron de pronto. O al menos apareció uno de ellos. Pasó milagrosamente entre las copas de dos enormes árboles de cuarenta metros de altura, rozándolas con sus alas.

La perfección de aquel movimiento arrancó exclamaciones de asombro, especialmente a los entendidos. Un error de cálculo de sólo un par de metros habría provocado una catástrofe. Con el corazón encogido, los espectadores vieron que el aparato venía hacia ellos haciendo rugir su motor al máximo de revoluciones. Clive notó que todos se crispaban y plegaban las piernas bajo los asientos.

Incluso el presidente.

Éste veía venir al aparato de cara a él.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

Lo veía raseando el suelo apenas a cincuenta metros.

Y de pronto el aparato se enderezó. Pasó limpiamente por encima de las cabezas, sin más peligro que el de hacer tambalearse algún sombrero. Sonó un casi estridente suspiro de alivio.

Clive mismo pensó que aquello podía terminar mal. Era una prueba demasiado difícil.

Pero aquellos pilotos eran unos auténticos artistas. El segundo aparato realizó el mismo movimiento sin la menor novedad. Los espectadores sufrieron un escalofrío, pero luego podrían decir que habían tenido una de las emociones más intensas de sus vidas. Entonces el tercer aparato pasó entre las copas de los dos árboles.

Clive contuvo la respiración.

Era el de Inger.

Inger, sin embargo, estaba perfectamente tranquila. Calculando bien las distancias, el «Stuka» iba a obedecerla como un perro dócil. No se desviaría ni un milímetro. Enderezó un poco el morro y dio gas.

Contó los segundos.

Veinte... Diecinueve... Diecisiete...

Todo marchaba perfectamente. La palanca del timón descansaba entre sus dos manos, dispuesta a obedecer al menor impulso.

Y de pronto vio aquello. De pronto sus ojos se desencajaron. De repente le pareció ver, dentro de aquella perfección técnica en que estaba metida, el más brutal primitivismo, la más absurda llamada de la selva.

La serpiente coral había surgido de debajo mismo del cuadro de mandos. Era una serpiente pequeña, rosada, preciosa, que, sin embargo, tenía la picadura mortífera de una cascabel. Inger sabía que una pequeña parte de ellas no eran venenosas, pero si éste se encontraba aquí era porque se trataba de un reptil... ponzoñoso... Ponzoñoso...

La muchacha sintió que la palabra martilleaba en su cerebro mientras sentía el frío de la muerte en sus huesos. La serpiente, excitada por el encierro y por el terrible ruido, llegaba ya hasta sus manos enguantadas. Pero los guantes eran delgados y sus dientes los atravesaría.

Inger había dejado de contar los segundos.

Había olvidado enderezar el morro otra vez.

Estaba como hipnotizada.

Cuando la serpiente ya estaba materialmente entre sus dedos, oprimió con todas sus fuerzas el botón del eyector, para salir despedida con el paracaídas. A aquella escasa altura era muy posible que se matase, pero al menos iba a tener una posibilidad. Cerró un instante los ojos mientras pensaba que iba a salir despedida.

Y el eyector... ¡no funcionó!

¡Estaba estropeado!

¡Lo habían averiado a propósito, sabiendo que aquello nadie lo comprobaba!

Los ojos de Inger se desencajaron.

Veía que los espectadores ya estaban allí mismo, delante de sus ojos.

Allí...

¡Allí!

Con todas sus fuerzas intentó tirar del timón hacia atrás, pero ya no le quedó tiempo. El morro no podía alzarse en tan pocos segundos. El aparato se lanzó rugiendo contra el sector en que estaban el presidente de la república y todos los altos cargos del país.

La hélice produjo el efecto de una auténtica guillotina.

Las ruedas, que en los «Stukas» nunca fueron replegables, se hundieron como cuchillos en las cabezas de los aterrados espectadores.

Inger lo vio todo rojo, espantosamente rojo.

Vio una serie de restos humanos que venían hacia ella.

Una cabeza quedó materialmente pegada al cristal delantero de la carlinga.

Fue una visión espantosa, una auténtica visión de pesadilla.

La última visión de su vida.

La primera visión de su muerte.

Porque inmediatamente el «Stuka» chocó contra el suelo. Se hizo pedazos en él. Las llamas lo envolvieron todo, desde la cola del aparato hasta los preciosos cabellos de Inger.

Las llamas la hundieron en el infierno.

CAPÍTULO IX

Clive se había dado ya cuenta de que algo extraño ocurría cuando notó que el morro del avión no se enderezaba en el instante preciso, tal como se habían enderezado los morros de los otros. Era una cosa apenas apreciable, algo que un espectador normal no hubiese advertido, pero que para él significó una alerta tan importante como una luz roja que se encendiera en su cerebro.

Algo ocurría.

Algo que duró sólo unos segundos.

Nadie tuvo tiempo de reaccionar. Si él llega a estar situado en el sector de alta preferencia, en el que ocupaban el presidente y sus ministros, se va al diablo con todos los otros. Pese a su rapidez de reflejos y la soberbia elasticidad de sus músculos, no hubiera tenido tiempo para saltar.

Aun así, cayó al suelo.

Eso le salvó sin que se diera cuenta. Algunos pedazos del aparato silbaron como si fueran metralla y se llevaron por delante más de una cabeza. Se oyeron terribles alaridos, aunque el auténtico drama estaba más allá, donde el avión acababa de convertir en cenizas a las treinta personas que se encontraban en la zona de alta preferencia.

Treinta personas... y la propia Inger.

Nunca se iba a saber de ella.

Bamboleándose como si estuviera borracho, el joven se acercó a los restos llameantes del aparato. Vio que en torno suyo no quedaba ni un hálito de vida, cosa perfectamente lógica. Pero vio también algo que le estremeció: quedaba intacta parte de la cabina, y a uno de sus cristales estaba adherida la cabeza del presidente de la república.

Había sido el más trágico y siniestro accidente que se recordaba en Punta Maroni.

Y quizá el más trágico accidente de América.

¿El más trágico ac...?

¿Accidente?

Clive sintió que se le secaba espantosamente la garganta.

Le invadía el vértigo.

Avanzó hacia el edificio del aeropuerto.

Dos imágenes chocaban en su cerebro, produciéndole un daño casi físico. Por un lado estaba la de Inger, una mujer sin nervios, un piloto perfecto que no iba a olvidarse de tirar hacia atrás del timón en el momento decisivo.

Por otro lado estaba la imagen del general Castillo alejándose del lugar del accidente unos minutos antes de que el accidente ocurriera. El general Castillo cuchicheando unas palabras al oído del presidente y largándose de allí con el silencio y la discreción de una sombra.

Dos casualidades son dos casualidades.

Demasiadas.

Clive avanzó por el largo paseo bordeado de cocoteros que llegaba hasta las oficinas y las salas principales. Oyó el estruendo de las sirenas, los gritos de los policías y el runrunear de los *jeeps* y ambulancias que se disponían a volar hacia el lugar de la tragedia. Vio también al general Castillo que corría hacia allí.

Parecía muy afectado.

Daba órdenes nerviosas a todo el mundo. Un par de gorilas con metralletas iban con él, escoltándolo.

Tercera casualidad.

¿De dónde había salido aquella protección tan repentina?

Clive vio entonces que un fulano: se acercaba al general y le decía algo al oído. Era un fulano gordo, grasiento, pero con pinta de gran señor. Tenía un cierto aspecto malayo. Castillo le contestó algo y los dos se separaron.

El joven vaciló un momento.

Al principio había pensado dirigirse exclusivamente hacia el general Castillo, pero ahora comprendió que no iba a conseguir nada. La confusión era enorme, y además los dos guardaespaldas no le dejarían aproximarse demasiado. Por lo tanto fue tras el tipo

grasiento que había hablado con él.

Su instinto le dijo que aquello tampoco podía ser casualidad.

Y le confirmó en una sospecha.

Que aquel tipo le había dicho o le había recordado algo importante al responsable de la seguridad de Punta Maroni.

Sin hacer caso del infierno que dejaba a su espalda, Clive Marton bordeó el edificio principal del aeropuerto y vio al hombre gordo introducirse en un «Jaguar» de importación, color blanco y verde, los dos colores típicos de Nueva Surinam. Un chófer uniformado lo conducía.

Clive apretó los labios.

Demasiado dinero en danza.

¿Otra casualidad?

Pero tenía que darse prisa en robar un coche si quería seguir al «Jaguar», ya que, además él no conocía la ciudad lo suficientemente bien para adivinar sus intenciones o para cortarle el camino. Por lo tanto avanzó a buen paso hacia la larga fila de coches oficiales estacionados en las cercanías, y cuyos conductores habían corrido hacia las pistas al oír la explosión.

Se fijó en un pequeño «Corvette».

Después vio al individuo brotar de detrás del «Mustang» que estaba junto al «Corvette». El individuo era largo, sinuoso y tenía aspecto chino. El individuo llevaba una metralleta apoyada en su cadera derecha.

Buen tipo donde los hubiera.

Simpático él.

Miró a Clive y dijo solamente:

—¡Hijo de perra...!

La ráfaga hubiese acabado con cualquiera, hubiera reducido a pedazos cualquier cuerpo de no tener el blanco la movilidad que demostró tener Clive. Apenas vio al tipo de la metralleta, adivinó instintivamente lo que iba a suceder. Mientras se apoyaba en un solo tacón, intuyó la dirección de las balas.

Éstas pasaron a su derecha.

El rodó por el suelo.

Los plomos destrozaron los cristales de parte de la entrada.

El oriental lanzó una maldición.

No veía a Clive Marton.

Sólo veía el humo de sus propios disparos. Sólo distinguía capós relucientes por todas partes.

Pero había algo que relucía aún más.

Distinguió fugazmente la hoja del cuchillo.

Sintió un brusco choque a la altura del corazón, cuando la hoja de acero se hundía allí hasta las cachas.

Clive recuperó el cuchillo porque podía necesitarlo. Lo limpió en las ropas del muerto y corrió agazapado entre los coches relucientes. Vio que un conductor mulato salía de uno de ellos, después de presenciar lo ocurrido. En su mano derecha brillaba un pequeño revólver de cañón corto, tipo bull-dog.

—¡Eh, usted! —gritó hacia Clive.

De pronto no lo vio.

Clive levantó con ambas manos, y con fuerza hercúlea, el pequeño «Corvette» en el que había pensado largarse. Le levantó por el lado izquierdo y lo volcó. La carrocería cayó encima del mulato, pero no en cualquier sitio. Le cayó precisamente encima de aquel sitio donde al centinela aún tenían que ponerle inyecciones con manguera para ver si la cosa se animaba otra vez.

El chófer lanzó un aullido.

El «Corvette» le había aplastado las piernas.

Y el sitio.

Sobre todo el sitio.

Ya no se acordó de su revólver chato ni de la cara de Clive Marton. Lo vio deslizarse entre los vehículos y meterse en el coche que él acababa de abandonar.

Clive dio gas. Vio que el «Jaguar» se lanzaba a buena velocidad por la pista de cocoteros que llevaba a la ciudad nueva. De pronto el poderoso cacharro giró a la izquierda y se dirigió raudamente a la ciudad antigua, la blanca ciudad colonial rebosante de animación y de vida.

Rodó por la calle de Arrabal Viejo.

La cantidad de señoras de vida alegre por metro cuadrado seguía siendo bastante considerable. Todas dirigieron a Clive guiños de complicidad más o menos expresivos. Él pensó que quizá le hubiera convenido llevar un letrerito en el que se dijese: «Cerrado el negocio por no poder atender».

Sus ojos seguían fijos en el «Jaguar». Vio que se colaba por la llamada calle de los Libertadores, una de las más típicas de la ciudad vieja. Allí estaban los restaurantes de lujo, donde se comía en medio de un verdadero ambiente local. Allí estaban las casas de juego importantes y las tiendas de recuerdos mejor instaladas de toda la zona del Caribe.

El lujoso coche entró en un garaje. El garaje era privado y estaba junto a un restaurante pintado de blanco donde se leía en español: «El marisquero. Especialidades típicas de América y Asia».

Mucho era eso, puesto que en América y Asia hay tantas especialidades que no parece fácil que las pueda dominar un solo restaurante. Pero Clive no tuvo la menor duda de que el tipo a quien estaba siguiendo pertenecía a aquel mundo. Aparcó cerca de la puerta y entró en el local.

No se llegaba directamente al comedor.

Primero había una galería.

En ella exhibían platos típicos de diversos lugares del mundo. La mayoría eran a base de pescado, pero hubo uno que hizo apretar los labios a Clive: un pequeño perro se estaba asando a fuego lento. Otra «especialidad» consistía en gatitos acabados de nacer y atravesados por un palillo de plata.

Al joven se le secó la boca nuevamente.

Sabía que en muchos restaurantes típicos de Asia, en especial en Singapur, es apreciada la carne de perro.

Sabía que muchos restaurantes japoneses sirven excelente gato.

Pero eso era demasiado para él, y además el tipo vestido de blanco se le estaba escurriendo. Lo vio entrar por una puerta de madera noble que debía dar a las profundidades del local, y que cerró cuidadosamente a su espalda.

Clive se dirigió también hacia allí.

Pasó.

El cuchillo se apoyó en su garganta.

La hoja casi le seccionó la yugular.

Un malayo de ojos brillantes barrenó un poco con la punta en la garganta de Clive. Sin levantar para nada la voz advirtió:

—Éste es un sitio privado. Nadie puede entrar...

—¿Si alguien se equivoca? —preguntó calmamente Clive.

—Pues se equivoca...

Y dio un especial significado a aquellas palabras haciendo más intensa la presión del cuchillo en la yugular de Clive. Eso significaba que allí no se andaba con mandangas. Que el momento era grave y a él le habían ordenado llegar hasta el fin.

Pero significaba también que Clive había seguido una mala pista.

De modo que sonrió.

Y dijo con voz opaca:

—Todos nos equivocamos, macho...

La mano derecha voló hacia donde el otro sostenía el cuchillo. Sólo tuvo que moverse unos milímetros, porque realmente Clive ya la había alcanzado mientras hablaba. La izquierda hundió en el bajo vientre del amarillo el puñal que ya había matado a un hombre.

Se oyó un terrible alarido.

Pero aquel alarido fue bruscamente interrumpido por la muerte. Clive Marton, que era amigo de la buena música, no gustaba de los sonidos demasiado estridentes. Por lo tanto clavó al malayo su propio cuchillo a la altura del corazón.

Y siguió adelante.

Necesitaba ganar incluso unos segundos, porque todo aquello no tardaría en llenarse de gente.

Vio un pasillo.

Una puerta al fondo.

Notó un cierto olor a cuadra.

De todos modos pasó.

Clive sintió que se le secaba la boca otra vez. Necesitaba con urgencia un trago.

Pero no fue solo por eso.

Al fondo estaba el serpentario.

Magníficas jaulas de cristal o de alambrada muy fina.

Y ofidios de todas clases. Crías de anacondas que, sin embargo, ya medían dos metros. Serpientes de cascabel del desierto. Negras y mortíferas mambas. Largas culebras que no daban más que asco. Selectas pitones que despedían a la luz del local un reflejo siniestramente verde.

Clive apretó los labios.

«Especialidad oriental».

El fulano gordo estaba allí.

Farfulló:

—¿De dónde ha salido usted...?

Clive susurró:

—Quiero una serpiente con salsa verde.

—¿Qué serpiente?

La sonrisa de Clive se le heló en la boca mientras decía:

—Tú, macho...

CAPÍTULO X

El tipo gordo tuvo unos instantes de vacilación, unos instantes de horror, pero demostró no ser un alfeñique. Se lanzó de cabeza contra Clive y le alcanzó de lleno.

Fue una sorpresa.

Clive no había esperado aquel salto. Ni el terrible impacto del peso que había detrás de aquella cabeza.

Rodó por tierra mientras sentía un agudo dolor en la boca del estómago. Ese dolor, junto con la sorpresa, le hicieron perder algunos segundos, los necesarios para que el gordo se pusiese en pie antes que él.

El tipo se parecía bastante a Cannon, el famoso héroe de la televisión. Hasta llevaba un poblado bigote. Sólo se diferenciaba de él en su tez ligeramente olivácea y en sus ojos rasgados, más duros y más crueles.

Eso significaba que era un tío de calibre.

Con todas sus fuerzas propinó un terrible puntapié en las costillas de Clive Marton. Éste tuvo la sensación de que al menos dos de ellas se habían hundido. Instintivamente y casi sin darse cuenta quedó sin respiración.

Pero no era hombre que se estuviera quieto demasiado tiempo. Sobre todo cuando vio venir de nuevo hacia él a aquella especie de Cannon echando humo por la boca.

El gordo fue a golpearle otra vez en el mismo sitio.

Estaba seguro de que Clive sentiría perforados los pulmones por sus propias costillas rotas.

Cargó todo su peso en el pie izquierdo mientras disparaba el derecho, y entonces tuvo una buena sorpresa:

Clive no sólo había escurrido el bulto, zigzagueando bajo él

como un guardameta de fútbol, sino que le había dado un terrible golpe en el pie en que apoyaba su peso, es decir el izquierdo. Ése hizo que toda la arquitectura del gordo vacilara. Su cuerpo voló por los aires.

Y fue a estrellarse contra una de las jaulas de las serpientes. Las dos pitones que descansaban en ella salieron sinuosamente.

Clive sintió que se le iba a quitar el apetito durante seis meses.

Las pitones no son venenosas, y las otras seguro que no lo eran ya tampoco porque les habrían extirpado las glándulas antes de meterlas en la jaula. Pero la fuerza de sus músculos resultaba espantosa. Pese a su pequeño tamaño, podían ejercer sobre los huesos de un hombre la presión de una auténtica prensa hidráulica.

El malayo no las vio.

Lanzó un rugido mientras se lanzaba con los pies por delante.

Era un experto en karate.

Y llevaba reforzados con hierros lo mismo sus tacones que las punteras de sus zapatos. Por eso sus impactos eran tan aterradores. Clive vio brillar puntas metálicas mientras venían hacia él.

Sólo las pudo esquivar en parte.

Ahora fue su pecho el que pareció hundirse. El esternón estuvo a punto de salirle por la boca. Clive se tambaleó mientras el otro disparaba sus puños con la velocidad de una ametralladora, lanzando dos gritos simultáneos.

Y alcanzó de lleno al joven.

Fueron dos impactos de los que acaban con la dentadura de cualquiera.

Clive giró sobre sí mismo, sintiendo que una nube roja pasaba por delante de sus pupilas. Los perros, como si hubieran tomado parte en la pelea, se pusieron a ladrar lastimosamente mientras el gordo venía de nuevo hacia él.

Pero esta vez ya no encontró a Clive desprevenido. El joven estaba enterado ya de que se las había con un enemigo peligroso y que se las sabía todas. Había hecho mal al infravalorarlo al principio.

Disparó de costado el brazo izquierdo.

Con ello frenó el avance del gordo. E inmediatamente, con un gesto casi simultáneo, Clive giró sobre sus tacones llevando el brazo derecho por delante. Ese brazo derecho lo había movido como un

molinete, haciendo que tomara impulso desde atrás.

Fue un impacto de los que dejan a un campeón tumbado en el *ring*. Nada de karate. Fue puro Madison Square Garden. Un guantazo que hubiera dejado lívido de envidia al Ringo Bonavena de los buenos tiempos.

Su enemigo lo encajó bien, aunque durante unos segundos puso los ojos en blanco. Bajó la cabeza y quiso embestir de nuevo.

Clive le dedicó toda una «serie especial».

Lo primero fue un rodillazo a la cara, mientras el tío venía lanzado como un obús.

Lo segundo fueron dos ganchos a la mandíbula.

Lo tercero —y ahora sí que usó el karate— fueron dos golpes alternados a los pómulos, usando los bordes de las manos abiertas.

Aquella especie de Cannon venido de las profundidades asiáticas no pudo resistir tanto. Se tambaleó y rodó por tierra.

Es posible que se hubiera recuperado. Quizá hubiera podido continuar la lucha por espacio de algunos minutos más tarde.

Pero no tuvo esos dos minutos. Cayó materialmente encima de las serpientes, que le atenazaron con sus anillos. El alarido de horror llenó aquel recinto, aunque no debieron oírlo desde fuera gracias a las gruesas paredes y la sólida puerta.

Una de las dos serpientes le había atenazado por el cuello. El gordo quiso repetir su alarido, pero ahora apenas surgió un leve gorgoteo.

Clive apretó los labios mientras pensaba que necesitaba a aquel hombre vivo, no muerto, para hacerle hablar. Buscó con los ojos un buen cuchillo con el cual partir las serpientes en rodajas.

No era una tarea como para devolverle a uno el apetito, desde luego.

Pero no encontró nada que le sirviera. Allí sólo había delgados cuchillos para arrancar la piel a los ofidios. Nada para partirlos. ¿Quizá los clientes preferían zampárselos enteros, para convencerse de que el plato era «auténtico»?

Empleó al fin el cuchillo con el que ya había liquidado a dos hombres, pero ya era tarde. Aunque hundió la hoja materialmente en la garganta de uno de los reptiles, y consiguió que dejara de apretar, el otro ejercía una presión terrible sobre el cuello de su víctima. La estaba estrangulando.

Una lengua absolutamente desencajada surgía por la boca del malayo.

Sus manos cada vez más trémulas intentaban apartar al ofidio.

Clive hundió rabiosamente el cuchillo en aquel cuerpo serpenteante, pero nada hay tan difícil como matar a una pitón con un cuchillo. Ninguno de sus puntos parece vital. Todo lo que se consigue es que los viscosos anillos cambien de sitio.

Se oyó entonces un siniestro chasquido de huesos.

El cuello del gordo se había roto.

Sus dedos sin vida resbalaron sobre la piel de la serpiente.

Clive, con un gesto de rabia, hundió materialmente la punta del puñal en la garganta del bicho que ahora venía hacia él, con la boca espantosamente abierta. Para eso tuvo que meter la mano casi dentro de sus repulsivas fauces. La hoja de acero penetró por la parte inferior en el cerebro de la serpiente.

La otra aún se retorció, pero no significaba ningún peligro para Clive. Los otros reptiles se estremecían en sus jaulas, deseando escapar, y de sus ojillos surgían miradas como dardos que atravesaban el aire.

Clive fue hacia una especie de lavadero y tuvo largo rato las manos bajo el chorro de agua. Una sensación de asco le invadía. Luego miró en torno suyo.

No se oía el menor ruido sospechoso en el resto del local, pero había que suponer que correría nuevos peligros antes de poder salir de allí. Por lo tanto se trazó un plan.

Abrió las jaulas de los perros.

Y se lanzó de nuevo hacia la puerta, abriéndola de golpe. El hombre que estaba allí con una «German Luger» se lo encontró de cara. Pero la sonrisa de Clive no fue lo único que pudo ver.

Los perros venían con él.

Una docena de perros aullantes.

Uno era un
bull-dog.

Otro era un doberman.

Fue este último el que derribó por tierra al tipo de la «German Luger». Y, pese a tener el cuerpo atravesado por una bala, le hincó los dientes en el cuello.

Un doberman es un perro de cuidado.

Muy fiel.

Pero tiene un defecto.

Cuando hinca los dientes, se olvida para siempre de abrir la boca otra vez.

Ni aunque lo marquen con un hierro al rojo.

El tipo de la «Luger» quedó tieso de pronto. Los dientes le habían atravesado la yugular. Sólo entonces el doberman lo soltó para seguir adelante.

Clive Marton no se tropezó con nadie más. No corrió ningún peligro antes de llegar otra vez a la calle. Entonces buscó en sus bolsillos, extrajo tranquilamente un paquete de «Camel» sin emboquillar y se puso el cigarrillo en los labios. Anduvo hasta la calle de los Libertadores.

Vio entonces que las primeras tropas ya llegaban por el otro extremo. La situación estaba dando un vuelco espectacular en sólo unos minutos. Por todas partes ya estaban siendo pegados los primeros bandos anunciando el toque de queda.

CAPÍTULO XI

¿Otra casualidad?

El presidente del país llevaba muerto apenas media hora. ¿Cuánto tiempo hace falta para componer, tirar y distribuir un bando así? Por lo menos cuatro horas. Eso indicaba que alguien lo tenía ya todo preparado desde antes de que el accidente se produjese.

¿Accidente...?

Clive dejó que en sus labios apareciese una mueca burlona.

Demasiadas cosas ligaban allí. Ahora se daba cuenta de todo. La situación había estado preparada desde mucho tiempo antes.

Hizo crujir sus nudillos.

Era como si lo viese todo en una película vieja y gris, pero terriblemente expresiva.

Todo estaba claro.

Se va al restaurante del Cannon malayo y se elige una buena serpiente.

Ni siquiera hace falta que sea venenosa. Debe parecerlo. Y debe ocupar un espacio mínimo en una bolsa.

Una coral es ideal para eso. Los clientes del restaurante debían zampárselas como si fueran angulas.

Se mete la coral en un estuche de plástico, justo bajo los mandos del avión que va a pilotar una mujer. ¿Motivos de la elección? Que una mujer suele perder, de momento, los nervios antes que un hombre.

Si hay algo que está calculado hasta el segundo, es la conjunción de una serie de aviones que hacen una exhibición de fantasía. Se sabe lo que cada movimiento va a durar, dónde estará cada aparato en el minuto tal, en qué tiempo exacto se situará cada uno de ellos

sobre la pista. Por lo tanto bastaría con cronometrar al segundo los tiempos del avión de Inger para saber cuándo exactamente estaría llegando en vuelo rasante frente a la tribuna presidencial.

Hoy se puede conseguir ya que un plástico dure unos pocos minutos. Normalmente los plásticos, como se sabe, someternos. Ello origina problemas de acumulación de desperdicios que nadie sabía cómo resolver. Un invento de un profesor inglés permite introducir aditivos en la fabricación de los plásticos, de modo que las largas cadenas que forman la estructura química de éstos se rompe. Y el material así tratado dura por ejemplo unos meses o un año.

Claro que también podía conseguirse que durara sólo unos minutos.

Dejando un cierto margen de seguridad, era más que probable que la muchacha viera la serpiente coral cuando ya estaba en vuelo rasante. Y era más que probable que se produjera la catástrofe.

Castillo había contado con un ochenta por ciento de probabilidades al menos.

Y todo había salido a la perfección. Quedando envuelto además el asesinato en una maravillosa inocencia.

Clive ya conocía ahora la historia de lo que había sucedido.

El presidente de la república ha muerto.

Los ministros han muerto.

Toda la organización política del país completamente desarticulada. Todos los ladrones ya estaban en el Valle de Josafat.

No era para lamentarse, desde luego.

Pero lo malo era que ahora sólo quedaba «un ladrón». Uno que se quedaba con todo. Un fulano que no admitía competencias. El general Castillo había asumido todos los poderes, puesto que era el único ministro milagrosamente vivo, y además el responsable de la seguridad nacional.

Todo para él.

Su único trabajo consistiría en hacer difundir los bandos decretando el estado de excepción, en liquidar por la vía rápida a unos cuantos «insurrectos» que le molestaban y en ponerse a manipular la caja registradora. ¿Cuánto se le podía sacar a aquel país en un año? ¿Y en cinco?

Y se dirigió en línea recta al palacio donde tenía sus oficinas el general Castillo. Pero no lo hizo sólo por verle a él.

Clive Morton se preocupaba mucho por los demás.

Y quería preguntar si había acabado atrapando una pulmonía aquella pobre chica.

CAPÍTULO XII

El caos en las calles parecía total, aunque Clive se daba cuenta de que dentro de aquel caos imperaba el absoluto orden. Es decir, Castillo había provocado una sensación de que el país se hundía, para así poder tomar el poder en sus manos y justificar ciertas medidas de excepción, como por ejemplo las ejecuciones sumarias que empezarían aquella misma noche. Los ciudadanos más o menos pacíficos, más o menos pegados a su trabajo sus negocios, se dirían a sí mismos que eran necesarias puesto que así se salvaba al fin y al cabo al país.

Los ojos de Clive retrataban todo eso.

Pero se dio cuenta de varios detalles significativos. El primero de ellos era que ningún disturbio se producía en la Quinta Avenida ni en la ciudad nueva, pese a que allí estaban los escaparates más tentadores.

El segundo fue que aquellas bandas de merodeadores habían aparecido en cuestión de minutos y en un perfecto orden, como si estuvieran organizadas ya desde antes y supieran perfectamente en qué puntos se les permitía actuar.

El tercer detalle que le llamó la atención fue el hecho de que las patrullas de la Policía Nacional no les molestaran en absoluto, limitándose a disolver los grupos con miradas benévolas. Eso indicaba que tenían orden de permitir un cierto clima de terror en la ciudad vieja, ya que en la nueva, donde sólo vivían los extranjeros, nadie debía ser molestado. No convenía hacerle cosquillas al Tío Sam.

La conclusión que el joven obtuvo fue perfectamente clara: el general Castillo lo tenía ya todo organizado para después de la muerte del presidente. A continuación sólo había que pulsar un

botón para que todos los mecanismos se pusieran en marcha.

Y ya lo estaban.

Dentro de muy poco el general hablaría por la radio. Aparecería también en las pantallas de televisión. Diría que el caos se adueñaba del país y que él se veía obligado a hacer uso de las medidas de excepción que poco antes había proclamado en los bandos difundidos por todo el país, pero de los que nadie había hecho caso desgraciadamente. Lamentándolo mucho —pues nadie como él amaba tanto a su pueblo— iba a utilizar la mano dura.

El pasaporte extranjero de Clive le permitió atravesar un puesto de control que interrumpía el paso hacia la zona de los ministerios. Varios *jeeps* con ametralladoras montadas mantenían la guardia allí. Los soldados, la mayor parte de ellos analfabetos, eran peligrosos porque podían disparar a la menor señal de nerviosismo.

Clive preguntó por el jefe de la Seguridad Nacional.

Pensó que tendría que utilizar los puños para abrirse paso.

Tuvo una buena sorpresa cuando le dijeron, sólo conocer su nombre, que el general Castillo le estaba esperando.

Clive pensó que ahora sí que necesitaba de verdad un trago.

No llevaba armas.

Pero para el trabajo que había venido a hacer allí tampoco las iba a necesitar de momento. Al menos con eso contaba. Quería creer que el general Castillo no sería tan rufián como para matarle en su propio despacho.

De todos modos entró en él como quien entra en su propia tumba.

Y vio sentado tras la lujosa mesa al nuevo jefe espiritual y material del país. Pero ahora no estaba acariciando a una muchacha que podía atrapar una pulmonía.

Ahora estaba pasando las yemas de sus dedos por la caja de mecanismos de una metralleta.

* * *

Clive Marton no alteró para nada la expresión de su rostro. Y eso que comprendió que había llegado su última hora.

Aquel fulano iba a cargárselo con todas las de la ley.

Pero no lo haría hasta que hablasen. El general Castillo no se

privaría del gusto de decir por qué lo mataba.

Clive atravesó la gran sala.

Clive siguió sin permitir que en sus facciones se reflejara la emoción más mínima.

Castillo parpadeó un momento.

Pero dijo con una calma glacial:

—Bien venido... Aunque, la verdad, no creía que a estas horas pudiese seguir respirando aún los saludables aires de Punta Maroni.

—Lo tenía todo previsto para matarme, ¿verdad?

—Desde el primer momento.

El joven rió quedamente.

—Le veo muy animado, general —murmuró—. ¿O quizá debo ya llamarle presidente? —Todo a su tiempo.

—Bueno, las dos cosas, ¿no? Seguirá siendo general, cuando se haga cargo de los destinos de la república, supongo.

—Supone bien, esbirro.

—¿Sabe que ha organizado las cosas muy bien? —preguntó Clive mientras se ponía calmosamente un cigarrillo en los labios—. Nadie le puede culpar de la auténtica catástrofe nacional que ha ocurrido hace pocas horas, y además sus bandas están recorriendo las calles de un modo que da gusto. También el impresor cumplió muy a tiempo con su tarea de confeccionar los carteles declarando el estado de excepción. ¿Qué hubiera pasado si el tío llega a retrasarse?

—Nada —dijo Castillo con cara pétrea—. Él sabía que si no cumplía en el plazo previsto se jugaba la piel.

—¿Y cómo le han dejado tan solo, general? ¿No tenía que estar ahora mismo arengando las masas por la radio?

—Todo a su tiempo. Primero he de esperar a que el clima se «caliente».

—Y... ¿y si alguien decide «salvar al país» antes que usted?

—Nadie puede hacerlo. Todos los que hubieran sentido quizá esa agradable tentación, están ya muertos.

—Desde luego fue una escabechina que no tengo más remedio que elogiar —murmuró Clive mientras exhalaba una bocanada de humo—. Ni en los mataderos de Chicago he visto tanta sangre. Desde el presidente al último ministro la palmaron. Usted se largó, pero que muy a tiempo...

—Todo estaba cronometrado —reconoció Castillo—. Esas pruebas aéreas son algo donde cada segundo cuenta un poco.

—¿Cuándo aparecerá por televisión?

—Esta misma noche.

—¿Y cuándo empezarán a ser ejecutados los revoltosos?

—No necesitaré matar a mucha gente. Me bastará con dos docenas de hombres y mujeres que están perfectamente fichados y tienen motivos para saber lo que les espera. Supongo que a estas horas intentarán ya huir hacia la selva, pero la ciudad está acordonada. No saldrán.

Clive se estremeció levemente.

Y se estremeció más levemente aún cuando el otro dijo con voz suave:

—¿Se da cuenta, Clive, de que si le explico todo esto es porque usted figura entre esas dos docenas de seres humanos que deben morir? ¿Cree que le dejaría vivo, y precisamente a un extranjero, después de todo lo que sabe?

Clive dijo con voz perfectamente opaca:

—Todo ha sido así desde el principio, ¿verdad? Desde que puse los pies en Punta Maroni usted intentó matarme.

—Sí.

—No fue una prueba para saber si yo era un tipo tan duro y tan escurridizo como le habían dicho.

—No.

—¿Por qué intentó matarme, Castillo?

—Porque usted se llama Clive Marton.

Clive Marton entreabrió los labios un momento.

Luego susurró tranquilamente:

—Mi pasaporte dice que me llamo Henry Milton.

—Es un pasaporte falsificado.

—¿Be veras?

—Uno de mis hombres se lo puso en el bolsillo, junto con los otros documentos, nada más llegar a Punta Maroni. ¿Creyó que el falsificador que usted había encontrado, y con el que debía ponerse en contacto aquí, guardaría el secreto? ¿No se le ocurrió pensar que se pondría en contacto conmigo si yo le pagaba una suma superior a la ridícula cantidad que usted le ofreció?

—Bueno... —se disculpó Clive—. Uno es pobre...

—Sabía perfectamente con qué nombre iba a tomar tierra —gruñó el general—. Todo estaba perfectamente preparado para liquidarle. No iba a dejar de quedar bajo nuestro control ni siquiera diez segundos.

—Pero usted me contrató en París... Me dijo que iba a encargarme aquí una misión bien pagada.

—No le contraté yo. Lo hicieron mis hombres.

—En fin, eso poco importa, ¿no?

—En efecto, poco importa. Yo les dije que contrataran a un aventurero con unas ciertas características, y aventurero con esas características sólo existía uno en París: Clive Marton. Di por descontado que, actuando de buena fe como actuaron lo encontrarían precisamente a usted.

—Pues me encontraron. Y me hicieron una tentadora oferta, pero sin preguntarme el nombre. Les expliqué desde el principio que para mis trabajos no lo daba nunca, y que al llegar a Punta Maroni ya me habría procurado una personalidad falsa. Y ahora dígame: ¿por qué me contrató? ¿Por qué me prometió un trabajo bien pagado si sabía que no había ningún trabajo para mí?

—Para atraerle a este país. Aquí su muerte es completamente segura. En París no lo era tanto.

—Por supuesto que no —dijo Clive como si le hablaran de la muerte de otro—. ¿Pero qué le he hecho yo para desear verme en la tumba y con las manos cruzadas? ¿Quizá porque es el único sitio donde pondré cara de buen chico?

—Se lo he explicado antes. Porque usted se llama Clive Marton. Y porque lleva en el cinturón la fotografía de una mujer.

Clive se sorprendió de verdad esta vez.

—¿Un retrato en el cinturón?

—Sí, de tamaño pasaporte. En la parte interna.

Y añadió lentamente:

—¿Quiere mostrármelo usted mismo o prefiere que llame a la guardia? Ellos se lo quitarán igualmente.

Clive no respondió.

Pasó el cinturón por encima de la mesa.

Castillo lo tomó, lo volvió del revés y miró la pequeña fotografía, protegida por un plástico, que descansaba allí. Sus labios se separaron en una sonrisa entre nostálgica y burlona.

—Su hermana Sheila Marton —dijo quedamente—. Su hermana, Clive. La mujer más bonita del mundo...

CAPÍTULO XIII

Clive Marton seguía necesitando un trago. Ahora la lengua se le había pegado al paladar. Y no era miedo, sino tensión. Sabía que estaba entrando en los minutos decisivos, y que ahora cualquier mínima indecisión, la iba a pagar con la piel.

—No sé si es la más bonita —dijo quedamente—, pero al menos es la que más quiero.

—¿Su única pariente?

—Sí.

—Desde el primer minuto pensó vengarla, ¿verdad?

—Me costó dos meses saber lo que había pasado, general Castillo —dijo quedamente él—. Dos meses durante los cuales movilicé todos mis recursos, desde los detectives privados más caros hasta los más bajos elementos del hampa. Al cabo de ese siniestro tiempo, supe la verdad.

—¿Qué verdad? Siento curiosidad por conocerla...

—La de que la había raptado para traerla aquí. La de que, por medio de los hombres de representación diplomática en París, cometió una vil canallada.

—Hum... ¿Creyó usted que yo había tocado un pelo a la ropa de su hermana, Clive? ¿Pensó que era por eso?

—¿Pues por qué otra cosa?

—Aquí hay mujeres bonitas, Clive...

—No como Sheila.

—Puede que no, pero debe reconocer que tampoco son desdeñables. Por otra parte, Maroni es un lugar al que llegan muchas aventureras. Un hombre como yo, con dinero y con buena planta, tiene todo lo que quiere.

—¿Por qué, entonces, se llevó a Sheila?

—Muy sencillo: pienso «aprovecharla» a partir de ahora, porque realmente la chica vale la pena, pero por el momento mis intenciones eran simplemente políticas. No sé si un hombre primitivo y estúpido como usted logrará entenderme.

Clive arqueó una ceja.

—¿Políticas? —pregunté.

—Cierto. Había un hombre que estaba perdidamente enamorado de Sheila Marton. Un hombre que sintió cosas que sólo sienten los chiquillos cuando la conoció en una fiesta de gala, durante un viaje oficial a Francia.

El joven escupió el cigarrillo sobre la mesa, pero sin molestarse en retirar los pies de ella.

—¿Se está refiriendo al presidente de la república? —murmuré.

—Sí. Sólo a él puedo referirme.

—Pues no comprendo cómo un fulano que llega a una situación como ésa puede, sin embargo, caer tan bajo.

—Oh, él no lo hizo... El ignoró hasta el mismo minuto de su muerte que Sheila Marton estaba aquí en contra de su voluntad. Pensó que era una turista más. Una turista de gran altura naturalmente. El presidente de la república estaba encantado de su suerte al pensar que la muchacha más bonita de Europa había venido justamente a pasar unas largas vacaciones aquí. Y nunca dudó de que acabaría concediéndole sus favores.

—¿No se los ha llegado a conceder?

—No.

—¿En casi tres meses?

—En casi tres meses —remachó Castillo.

Clive dio una cabezada hacia adelante.

—Supongo que habría mil sistemas para forzarla, ¿no? Sheila no tenía aquí una mano que la defendiese...

—Naturalmente que no la tenía, pero el presidente era un caballero, a su modo. Pensaba que la chica estaba enamorada de él. Que todo llegaría a su tiempo, sin forzarlo. Incluso se dejó mecer en una nube de romanticismo. A su edad... ¡Je, je...! Pero jamás el hombre había vivido una época tan intensa, eso es cierto. Por otra parte estaba su mujer. El máximo magistrado de la república tenía que hacer las cosas con cierto tiento. No era precisamente un hombre libre.

Clive apretó los labios mientras gruñía sordamente:

—¿Y quién obligó a Sheila a jugar ese papel? ¿Por qué motivos tenía ella que fingir de ese modo?

—Por uno solo, que usted acaba de mencionar: nadie podía ayudarla. Y yo me encargué de hacerle saber que velaría su cadáver y la cubriría de rosas en la tumba, si las cosas no salían tal como esperaba. Al fin y al cabo su papel no era muy difícil, puesto que sólo se trataba de mantener las ilusiones del presidente. Y un hombre enamorado es tan fácil de manejar que para Sheila debió resultar eso un juego de niños.

Las facciones de Clive se habían ensombrecido.

Dijo con voz opaca:

—Y usted, Castillo, ¿qué ganaba con eso?

—Mantenerme en mi puesto hasta el momento decisivo. Es decir lo más importante de mi vida.

—¿Su puesto? ¿Es que podía perderlo?

—Claro que sí. Otros ambiciosos intrigaban. El presidente se oía algo de un golpe de Estado. Pese a que los dos subimos juntos al poder, había empezado a mirarme ya como a un enemigo.

—¿Y pensaba sustituirle?

—Sí. Lo hubiera hecho después de su visita oficial a Francia. Yo llegué a ver el nombre de mi sucesor, que naturalmente será uno de los que mueran esta noche para que el buen orden del país sea mantenido.

Emitió otra leve risita y añadió:

—Tenía la intención de dar el golpe de Estado hace dos meses, pero las circunstancias no eran propicias. Hoy lo son. Ah, claro... No he contestado a su pregunta, Clive Marton. O sólo la he contestado de forma muy indirecta. Usted se está diciendo que qué diablos de papel jugaba Sheila para que yo conservara mi puesto. Pues es muy sencillo: hice llegar a oídos del presidente que Sheila, era sobrina mía y que estaba dispuesto a hacerla salir del país en cualquier momento. Que nos iríamos los dos, si yo, por ejemplo, perdía mis prerrogativas. El presidente tuvo, por tanto, el mayor interés en que mis prerrogativas no fuesen tocadas.

Mientras, reía sordamente, y preguntó:

—¿Comprende ahora, Clive? ¿Se da cuenta de los motivos por los cuales he utilizado a su hermana? ¿Comprende también por qué

le he hecho venir aquí? ¿Ve con claridad que no me interesaba tener a mis espaldas a un enemigo como usted, que trataría de vengarse?

La calma de Clive Marton era admirable.

Pero era suicida también.

Se había metido en la mismísima boca del lobo y no hacía nada para salir de ella.

Con voz perfectamente impasible, como si hablase de algo que le iba a ocurrir a otra persona, preguntó:

—¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Me hará fusilar por traidor o por agente de espionaje a sueldo del extranjero?

—Oh, no... Sería llamar demasiado la atención. Mis soldados son casi todos analfabetos, pero de vez en cuando también piensan. Simplemente le haré liquidar por los miembros de mi guardia, que son gente mucho más discreta, me bastará con oprimir ese botón rojo que ve a un lado de mi mesa.

Clive le dedicó una sonrisa helada.

—¿Cómo sabe que no llevo armas? —preguntó—. ¿Cómo está tan seguro de que no le liquidaré antes a usted, sucio hijo de perra?

—Éste es un viejo palacio —dijo—, pero con modernas instalaciones. Usted ha pasado por delante de dos detectores de metales sin darse cuenta. Sólo lleva un puñal sujeto a la pantorrilla, y eso es muy poca cosa para intentar matarme en este despacho. Hay hombres que le han estado observando desde que ha puesto los pies aquí. Hombres que podrían coserle a balazos en este mismo momento, si usted hiciera un solo gesto que no les pareciese..., digamos correcto.

—Hay una última pregunta, que quiero hacerle —susurró como si la cosa no fuera con él—. Algo que no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende, Clive? ¿Aún quiere ver las cosas más claras?

—Me refiero al Tesoro Nacional, a los fondos públicos del país, general Castillo.

—Los fondos públicos del país están en el Banco Nacional de Punta Maroni, que es donde deben estar.

—No me refiero a ellos. Sé perfectamente que usted no se puede llevar todo el papel moneda del país, aunque quizá sí que pueda llevarse una parte. Me refiero concretamente al tesoro nacional, a

las joyas que pertenecen al patrimonio de esta nación. Hay lingotes de platino. Hay docenas de esmeraldas y diamantes de enorme valor. Hay rubíes y zafiros. Todo ello forma una especie de «fondo de reserva» económico que estaba guardado celosamente por si alguna vez el país tenía que venderlo a fin de devolver un préstamo o algo parecido. Imagino que usted se ha hecho con ello desde el primer momento del golpe de Estado. Si éste falla, usted se largará con el botín. Se ha hablado de que equivale a unos cuarenta millones de dólares.

El general Castillo rió silenciosamente.

—Me parece que tiene usted un mal concepto de mí —dijo—. Y lo tendrá hasta la muerte, o sea hasta dentro de un par de minutos.

Clive siguió sin inmutarse.

—Por eso mismo tengo la curiosidad de saber qué ha hecho con toda esa fortuna.

—Le podría contestar que no le importa en absoluto, Clive Marton, pero voy a satisfacer su curiosidad ya que es la última vez que la va a tener siendo un aspirante a difunto. No sé si ha oído hablar de la Gran Exposición que tiene lugar en una de las salas del Congreso. Allí se exponen muestras de lo mucho que ha progresado el país desde que hace dos años, subimos nosotros al poder. El público puede admirar las joyas del tesoro nacional, celosamente vigiladas, para convencerse de que ningún miembro del Gobierno las ha robado, como se había rumoreado tiempo atrás. También puede ver fotografías de las grandes obras que se ejecutan en el país, además de algunas realizaciones de nuestras industrias. Por ejemplo un modelo de locomotora completamente fabricada en Nueva Surinam. Un prototipo de coche que pensamos mentar aquí. Maquinaria moderna para los trabajos de minería. Taladores de árboles. Y tres aviones «Mirage» que hemos comprado, además de un viejo «Curtis» que fue el primer aparato de que dispusimos. Todo eso está allí, de modo que creo haber satisfecho su curiosidad.

Y sonrió satisfecho.

Clive sonreía también.

Con voz opaca murmuró:

—Una suposición ingenua, general. Supongo que a estas horas los hombres que custodiaban el tesoro están muertos. Usted debe haber puesto en su lugar a gente de entera confianza, ¿cierto?

—Claro que sí, Clive Marton. Al menos esa fortuna tiene que estar segura en mis manos. Mañana mismo declararé clausurada la exposición y todo volverá a sus puestos..., excepto los lingotes de platino y las joyas. Por un conducto absolutamente secreto, todo ello irá a parar a una caja fuerte que tengo ya alquilada en la República de El Salvador. Es una república tranquila, sosegada y donde el dinero no corre peligro. Un golpe de Estado bien vale cuarenta millones de dólares, ¿no le parece?

—Cierto, bien vale cuarenta millones —dijo Clive— sobre todo si éstos son una especie de garantía mínima. Porque usted ese dinero lo tiene seguro, ya que cuenta con llevárselo si el golpe de Estado fracasa. Pero si triunfa, como es de suponer, no se limitará a llevarse un botín tan pequeño. Puesto de acuerdo con las grandes compañías extranjeras, expoliará al país hasta que en él no quede un níquel. Luego siempre se encontrará un culpable, especialmente entre linos cuantos revoltosos a los que hará detener. ¿No es éste su heroico plan, general Castillo?

El conspirador dejó que chirriaran sus dientes.

No le gustaba Clive Marton. Por eso lo había hecho venir, a fin de poder liquidarle cómodamente. Por eso Je tenía destinada desde tiempo atrás una tumba de preferencia en el coquetón cementerio de Punta Maroni.

Por eso había llegado el momento de darle el gran pasaporte.

—Bueno —dijo calmosamente—. Ha sido un placer charlar con usted y hacerle conocer algunas maravillas de nuestro país tropical. Ahora..., adiós, amigo.

La conversación había terminado.

Movió con deleite los dedos de su derecha.

Oprimió el timbre rojo.

CAPÍTULO XIV

La puerta que estaba situada a la izquierda de la mesa se descorrió silenciosamente como si fuera una cortina. La rica madera desapareció tragada por el panel de la pared. Cinco hombres armados con pistolas aparecieron en el umbral. Eran los cinco que sin duda habían estado acechando todo el rato desde la habitación contigua.

Clive Marton sabía que no iba a defenderse.

Fue entonces —sólo entonces— cuando se dijo que había llegado demasiado lejos. Fue entonces cuando miró la muerte cara a cara, sin pestañear.

Las pistolas eran armas españolas marca «Astra» del nueve largo, o sea buenas máquinas para desmontar los sesos a uno. Cinco pistolas del nueve largo disparando a aquella distancia dejarían el cerebro, de Clive tan hueco que serviría para un cenicero. Le apuntaron a la cabeza.

Castillo dijo:

—Lástima...

—¿Por qué?

—Porque manchará la alfombra...

E hizo una seña con el pulgar hacia abajo, como los emperadores romanos en el circo. Era la señal de ejecución.

Los dedos fueron a cerrarse sobre los gatillos.

La ráfaga llegó desde la misma puerta de la izquierda, desde el lugar en que habían estado ocultos los cinco sicarios.

Fue una ráfaga enloquecedora, atroz.

La metralleta disparó plomo a chorro, como si fuera un lanzallamas.

La cortina de plomo avanzó en décimas de segundo.

Envolvió en ella a los cinco hombres.

Sólo el primero sintió dolor, porque la ráfaga le cruzó los riñones como una marca de fuego.

El segundo dio un terrible salto.

Chocó al fin con una de las paredes y acabó cómicamente sentado en una de las solemnes butacas.

Los demás no pudieron ni fijarse en él.

Porque ya estaban metidos en el baile de la muerte.

Fue el tercero quien casi pudo volverse, girando su «Astra» de igual modo.

La ráfaga le cosió el pecho.

Fue enviado contra la mesa y quedó tendido en ella, como si ya se encontrara en la sala de autopsias.

El cuarto y el quinto parecían haber buscado protección el uno en el otro. Quisieron parapetarse, empleando cada uno de ellos a su compañero como escudo. Las balas de la metralleta les enviaron juntos hacia la eternidad, medio fundidos en un abrazo.

Clive no se había movido.

Sabía que las balas no le buscaron a él, pero tenía que estar quieto: Un solo movimiento le podía situar en el camino de la ráfaga.

Sus ojos se clavaron entonces en la mujer que acababa de disparar.

Se posaron en su figura alta.

En sus curvas potentes.

En sus livianos *shorts*.

Por lo visto al difunto presidente le había gustado verla así, aunque de momento no consiguiera nada. Por lo visto le gustaban más las hembras poderosas que las niñas ingenuas.

Y ésta era de verdad una hembra poderosa.

No había acabado aún las balas de su metralleta.

Hizo tina seña a Clive para que se apartase.

Y luego clavó sus ojos duros, helados, en el general. Castillo. Unos ojos donde se leía una sentencia de muerte clara.

El nuevo «hombre fuerte» de Punta Maroni también la había reconocido. Su boca se abrió en una mueca de infinito asombro mientras musitaba:

—Sheila...

CAPÍTULO XV

Clive Marton rió quedamente, con un gesto casi aburrido, mientras se ponía un cigarrillo en los labios y musitaba:

—Parece que no hace falta que le presente a mi hermana, general.

Castillo tuvo un estremecimiento tal que hasta se transmitió a la butaca en que estaba sentado. Con un hilo de voz dijo mientras se sujetaba a los bordes de la mesa:

—No comprendo cómo... ha podido llegar hasta aquí.

—De la forma más sencilla —dijo Clive—. Si pudo conquistar al presidente de la república, habrá podido conquistar también a alguno de los centinelas, digo yo. Y hasta arrebatarse su metralleta. Por cierto, son muy buenos esos cacharros. Veo que no se encasquillan...

El general Castillo estaba completamente aterrado.

—Otros centinelas habrán oído los disparos... —susurró—. Vendrán aquí...

—No, general —dijo Clive con una voz de hielo—. Seguro que usted les ha advertido antes que no se inquietaran, porque habría fuegos artificiales en su despacho. Los fuegos artificiales con que esos cinco esbirros tratarían de enviarme a mí al otro mundo. No les ha dicho si los disparos serían de pistola o de metralleta, de modo que creerán que toda esta fiesta se ha organizado en mi honor y qué en ella me dejo el pellejo.

El general Castillo volvió a aferrarse desesperadamente a los bordes de la mesa.

Miró como un alucinado la boca de la metralleta.

—No comprendo cómo..., como ha podido saber que... —balbució.

—Muy sencillo —explicó el propio Clive Marton—. Ella ha estado siempre de acuerdo conmigo. Incluso creo que me salvó la vida a los pocos instantes de llegar yo al aeropuerto de Punta Maroni, cuando uno de sus tiradores especializados quiso liquidarme con un rifle telescópico.

—¿Qué quiere decir... eso de que están de acuerdo?

—Más sencillo aún: nuestro plan fue preparado hace mucho tiempo. Casi desde el mismo día en que ustedes dieron el golpe de Estado y subieron al poder.

—¿Qué plan?

—Resulta un poco largo de explicar, honorable general Castillo. Pero quizá lo entienda dentro de un minuto y sin necesidad de palabras.

Y Clive Marton se levantó tranquilamente del asiento en que había estado hasta entonces, pasando por encima de los muertos.

Se acercó a la chica... Y la besó como un cosaco.

CAPÍTULO XVI

Si aquel beso llega a dárselo a una pared, la pared se derrumba.

Castillo estaba no sólo aterrado, sino que el asombro le impedía respirar. Bruscamente lo comprendió todo. Con una voz que apenas tenía fuerza para brotar de entre sus labios, balbució:

—Vosotros dos no sois hermanos...

—Pues claro que no —dijo Clive volviéndose bruscamente—. Y te aseguro, bastardo, que el no serlo tiene sus ventajas.

—Entonces sois... dos amantes...

—Yo emplearía una palabra que suena casi igual, pero que tiene un significado distinto —gruñó Clive.

—¿Cuál?

—No somos dos amantes, sino dos mangantes.

—¿Qué es lo que pretendéis?

—Lo mismo que pretendes tú, Castillo, aunque nosotros somos algo más modestos, nosotros nos conformamos con el Tesoro. Nacional, que se muestra al público en la exposición y cuyos guardianes han sido cambiados en las últimas horas. Desde el primer momento ése fue nuestro objetivo, y a él lo subordinamos todo.

Castillo había llegado a los últimos límites de su asombro. Balbució:

—No puedo... no puedo comprenderla...

—Claro que lo comprendes, pequeño asesino. Las circunstancias han variado mucho en las últimas horas, pero desde el principio Sheila y yo, al saber que esa exposición iba a abrirse, ideamos algún sistema para adueñarnos de la fortuna en joyas que se exhibiría en la misma. Para ello hacía falta ante todo una información de primera clase, y Sheila debía conseguirlo transformándose en la

dama a la que el presidente de la república quería hacer suya. La idea consistía solamente en coquetear con él, hacerle alimentar ilusiones y explicarme a mí de qué modo podía conseguir ese capital robando en la exposición. Sheila y yo hemos dado muchos golpes buenos en distintos países del mundo, pero éste iba a culminar nuestra carrera.

—Vuestra «carrera»... —dijo desdeñosamente el general Castillo.

—Al menos en ella no ha habido un solo muerto y no ha salido perjudicado ningún pobre, cosa de la que tú no puedes presumir —murmuró Clive—. Y nuestro propósito consistía en hacer lo mismo también esta vez: un golpe «limpio», un golpe en el cual volaría una fortuna sin dejar tiempo a nadie ni para parpadear. Y sin derramar una gota de sangre. Pero las cosas cambiaron cuando tú empleaste como instrumento a Sheila. Cuando utilizaste su presencia aquí para extorsionar al presidente.

Anduvo unos pasos por el lujoso despacho, apuntó con un dedo al asombrado Castillo y continuó:

—La idea, pues, era ésta: Sheila obtenía información, yo venía aquí como turista y hacia volar las joyas. Sin embargo, como te decía hace un momento, el «clima» cambió cuando tú raptaste a Sheila en París, dándote cuenta de la profunda impresión que había causado en el presidente de la república. Ella quería coquetear con el presidente en París para luego venir a esta ciudad y rematar el trabajo sacándole toda la información necesaria a cambio de unas vagas promesas de ser suya. Pero tú la trajiste aquí a la fuerza, y luego hiciste una serie de indagaciones para saber si alguna persona podía tratar de vengarla. Te encontraste con su «hermano».

—¿Quién tiene la personalidad falsa? ¿Tú o ella...? —preguntó Castillo bruscamente.

—Ella. Yo me llamo verdaderamente Clive Marton, mientras que ella se llama Sheila Moriel. En consecuencia adoptó el apellido Marton sólo para hacerse pasar por mi hermana, lo cual facilitaría mucho nuestras relaciones una vez los dos aquí.

Apoyando los puños en el borde de la mesa y mirando fijamente a Castillo, continuó:

—Pero tú, al saber que Sheila tenía un hermano en París, me hiciste venir con un pretexto, pensando matarme en Punta Maroni. Así quitabas de en medio a un posible vengador. Sin embargo, todos

tus golpes han fallado, y ahora Sheila y yo estamos aquí. Tenemos la combinación que abre la cámara acorazada de cristal donde están las joyas. Lo único que necesitamos es deshacernos de la guardia.

—Que está formada por veinticinco hombres —dijo irónicamente Castillo.

—Sonaría mejor si dijeras «veinticinco asesinos». Porque ellos han matado a los compañeros que estaban allí.

—Una fortuna tan valiosa bien merece unos cuantos muertos —dijo Castillo con toda tranquilidad, dándose cuenta de que el tiempo trabajaba a su favor—. Pero voy a decirte una cosa, Clive, antes de que decidas ir al manicomio por tu propio pie: no conseguirás nada. Aunque logres eliminar a esos veinticinco hombres, cosa imposible, ¿cómo podrás salir del edificio de la exposición? Todo está acordonado. Hay carros de combate que rodean las cercanías. Los dos aeropuertos de Nueva Surinam y todas las carreteras están bajo control. En cuanto al reducido pedazo de costa que nos corresponde, ni una sola lancha pesquera podría salir sin nuestro permiso.

Clive asintió con una cabezada.

Dijo con la mayor calma:

—Tú ordenarás que esa vigilancia se retire, Castillo. Y tú mismo nos conducirás hasta allí.

—Cada vez estás más loco, Clive. No conseguirás que yo dé esa orden.

—¿No?

Y Clive apoyó con delicadeza el cañón de una de las «*Parabellum*» en la frente del general.

De modo que éste descolgó temblorosamente uno de los tres teléfonos que había sobre su mesa.

Clive dijo con la mayor calma:

—No, ése no. El rojo.

—¿Cómo sabes que ése es el de la línea privada?

—Del mismo modo que Sheila ha conseguido saber atostas cosas. Y ahora di a los de la guardia que vas a hacer una visita a la exposición para asegurarte de que todo marcha bien. Y añade que vendrás con unos amigos, para los que exiges toda clase de consideraciones.

Castillo marcó un número y dio la orden tal como se la había

dictado Clive Marton. Luego se puso en pie.

—Supongo que tendré que salir ahora mismo —musitó.

—Para nosotros será un honor.

Le señaló la puerta.

—Sheila y yo no mostraremos las armas —advirtió—, pero las tendremos siempre a punto. Si al pasar ante la guardia haces un solo gesto que no nos guste, te enviamos al infierno. Muertos por muertos, te juro que te llevamos por delante aunque sea la última cosa que hagamos antes de cantar en nuestros propios funerales.

El general Castillo no opuso ninguna resistencia. Daba la sensación de estar completamente vencido. Abrió la puerta y salieron los tres juntos, entre una doble hilera de fusiles que acechaban.

Los hombres de la guardia no mostraron ninguna extrañeza. Ignoraban quién tenía que morir en el despacho. Sólo sabían que no debían hacer caso cuando se oyesen disparos.

De modo que no les asombró para nada ver salir a la preciosa mujer y a los dos hombres.

En el patio interior del edificio aguardaba el lujoso «Cadillac», presidencial, que Castillo pensaba usar a partir de ahora. Un chófer y un pistolero de la guardia les abrieron respetuosamente las portezuelas y se situaron delante. Ellos tres tomaron asiento detrás, dando la sensación de que obraban en todo de común acuerdo.

La calle hervía ahora de gente.

Clive contempló a través de las ventanillas aquella multitud aullante.

Una, multitud que en realidad no aclamaba a nadie.

Que sólo se aclamaba a ella misma. Y a su nueva esperanza. Que únicamente pedía trabajo y pan.

Para ver gente absolutamente pobre hay que salir de Europa, hay que hundirse en la India o en Birmania, hay que descender a las planicies del Irán o adentrarse en ciertos recovecos de Sudamérica. Gente que no tiene nada, absolutamente nada, más que el sol y las estrellas. En Europa apenas existe el pobre total. En esos otros lugares, en cambio, abunda el pobre absoluto, el que además no tiene esperanza, pues el incesante aumento de la población mundial cada vez margina más millones de seres humanos.

Sin embargo, esta multitud que ahora rodeaba el coche

presidencial sí que tenía esperanzas. Creía que las cosas iban a cambiar. Aclamaba a Castillo como hubiese aclamado al mismo diablo si el diablo hubiera prometido sacarla de su miseria.

Clive musitó:

—Parece que hay entusiasmo, ¿eh?

—Eso significa que todo va bien —dijo el general—. Es lo único que me importa de momento.

—Pues parece que aquí se encuentra la gente más pobre de Iberoamérica, amigo. Hasta pienso que el dinero que voy a conseguir debería repartirse entre toda esa muchedumbre.

El chófer y el guardián no les oían a causa del cristal de separación entre la parte anterior y la posterior del «Cadillac». Quizá por eso Castillo, que de pronto se sentía muy tranquilo, rió silenciosamente.

—Para ser un ladrón internacional te has vuelto muy romántico, Clive —murmuró—. Repartir el dinero entre toda esa gentuza... ¿y qué crees que harían con él?

—Probablemente comérselo.

—Sí... Tienen un hambre de siglos... Pero me parece que van a seguirteniéndolo, Clive Marton. No serás tú quien les ayude.

Calló porque llegaban en ese momento al palacio del Congreso, donde estaba situada la exposición sobre el progreso de Nueva Surinam. Un fuerte contingente montaba guardia allí. Clive se dio cuenta además de que les había seguido un coche blindado con soldados armados hasta los dientes.

Además debían ser soldados de un cuerpo especial, porque llevaban un uniforme de color distinto.

Miró interrogativamente a Sheila.

—Pertenecen a la policía política —dijo ella sin alzar apenas la voz—. Siempre están preparados para una emergencia.

—¿Es natural que nos sigan?

—Sí. También seguían al presidente, aunque ahora me parece que han exagerado —la nota. Son demasiados. De todos modos hay que tener en cuenta que en el país se acaba de proclamar el estado de sitio.

Los de la guardia exterior presentaban armas en ese momento. Pese a ir uniformados también debían pertenecer a la policía política, pues sus prendas eran similares a los de los tipos del coche

que seguía detrás. Se comprendía a primera vista que tenían que ser hombres fieles a Castillo, hombres que no habían tenido inconveniente en eliminar poco antes a los pobres soldados de leva que custodiaban el edificio.

Clive apretó los labios.

Comprendía que había llegado al punto de máxima tensión, al momento más difícil. A partir de ahora todo podía hundirse por una palabra, por un error mínimo, por una indecisión de segundos.

El coche penetró en el lugar donde estaba la exposición. No había público allí. Todo lo ocupaban los soldados fieles al general Castillo.

Era como meterse en la boca del lobo.

Como meterse en la propia tumba.

Nunca Clive Marton había dado un golpe tan audaz, quizá tan suicida. Pero lo tenía todo previsto, incluso detalles que Castillo no podía ni imaginar. Sobre todo el detalle de la huida.

De todos modos había contenido la respiración.

Sentía que a Sheila, a su lado, le ocurría lo mismo.

El único que parecía tranquilo, curiosamente, era el general Castillo. Quizá porque estaba en su propio terreno, parecía como si ningún problema le afectase ya. Sonrió cuando el chófer y el guardián abrieron cada uno una puerta.

Clive musitó:

—No deje de acompañarnos ni un instante. No se separe un paso de nosotros o le mataré delante de todos esos perros.

—¿Te das cuenta de que has cavado tu propia fosa, Clive? ¿Por dónde vas a huir? —preguntó irónicamente Castillo.

—Puede que haya pensado en salir contigo —dijo él con voz opaca—. Puede que quiera emplearte como escudo hasta el fin.

—Es una perfecta tontería. No volveré al coche, y tú lo sabes. Mientras estés manipulando en la combinación no tendrás tiempo de usar las armas. Y a mí me bastará un grito para que todos esos hombres se lancen contra ti.

Castillo reía silenciosamente al decir esto. Era un hombre más frío y más sereno de lo que al principio imaginaron. Incluso miraba con especial deleite las curvas turgentes de Sheila.

Como si formara ya la lista de las cosas que iba a hacer con ella más tarde. Como si supiese que iba a ser su prisionera bien pronto.

Pero aquella sonrisa producía una gran sensación de tranquilidad a quienes les miraban. Eso favorecía a Clive, no había duda. Podía hacer pensar a todos que realmente Castillo estaba de acuerdo con él.

—Acércate a la caja —ordenó.

Era el momento más peligroso.

Sabía que, mientras él manipulase en la combinación, solamente podía vigilar Sheila.

La «caja» consistía en una enorme urna de cristal blindado que se levantaba como una campana. Un sólido aro de acero mantenía sujeta aquella campana al bloque también de acero, de unos dos mil kilos de peso, y que se empotraba en tierra. Llevarse campana y bloque de acero, todo a un tiempo, era absolutamente del todo imposible. Y para abrir aquélla, urna de cristal, absolutamente irrompible, era necesario conocer la combinación que movía el aro. El mecanismo era de gran seguridad, y además estaba vigilado día y noche por centinelas de vista.

No hubieran dejado acercarse allí a nadie.

Sólo el general Castillo podía hacerlo.

Clive dijo fríamente:

—Finge que me ayudas. Quiero que tengas las manos junto a la combinación. Si no lo haces, Sheila disparará contra ti. Puede que nosotros reventemos entonces, pero tú habrás reventado antes.

Nuevamente la seguridad de Castillo se desvaneció durante algunos segundos. No tuvo más remedio que obedecer y fingir que ayudaba a Clive mientras éste manipulaba los resortes de la combinación. Ningún soldado de los que vigilaban sospechó nada, puesto que además habían visto varias veces a Sheila con el presidente de la república. Y tenían motivos para suponer que la audaz aventurera internacional sería pronto la nueva amiga del triunfador.

Como Clive conocía muy bien la combinación, ya que Sheila se la había dado, no hubo dificultades. La campana de cristal pudo ser alzada. Las joyas pasaron a un saco de seda natural que Clive llevaba doblado en uno de sus bolsillos y que era de una gran resistencia. Encontraron cabida en él no sólo las alhajas, sino también los lingotes de platino que formaban parte del tesoro.

El saquito de seda se cerró.

El golpe ya había sido consumado. Ahora sólo faltaba huir.

¿Huir?

¿Por dónde?

Castillo sabía que había llegado su oportunidad. En realidad sabía que llegaría justo en ese momento y que no convenía precipitarla. Por eso dijo con una suave sonrisa en los labios, señalando a los vigilantes que custodiaban la puerta:

—¿Veis esos que son los que nos han seguido en su coche?

—Naturalmente —gruñó Clive—. Son lo bastante feos para llamar la atención.

—¿Imagináis que nos han seguido por casualidad?

—Tampoco resultaba tan extraño. Era natural que vinieran detrás tuyo para protegerte, ¿no?

—No. No hasta ese extremo. Y si están aquí, armados hasta los dientes y dispuestos a disparar, es por una sola razón.

Clive comprendió de repente que las cosas iban a marchar peor de lo que imaginó. Pero no dejó que aquel pensamiento se reflejara en su rostro.

Preguntó sin ningún nerviosismo:

—¿Qué razón?

—La que yo he dicho por teléfono que iba a salir, pero no he dado la consigna. —Vosotros esa consigna la desconocíais. No os ha extrañado nada el diálogo. Pero en realidad, para el que estaba de escucha, significaba que algo iba mal. Que yo me veía forzado y que por lo tanto necesitaba protección. No dar la consigna equivalía a una señal de alarma.

Sheila abrió la boca con un leve espasmo de miedo. Ella sí que no pudo evitarlo. Con voz insegura preguntó:

—¿Entonces todos esos están ahí para... para...?

—Para convertirlos en pedazos —dijo Castillo tranquilamente—. Ellos ya saben lo que tienen que hacer. Y van a empezar... ¡ahora!

Hizo un solo gesto con la cabeza.

De pronto todo cambió.

Fue una simple cuestión de segundos.

Pero Clive se dio cuenta de que, en efecto, Castillo tenía razón. Les había metido en una encerrona. Al no dar la consigna, había alertado a los hombres que venían tras ellos.

Éstos alzaron sus metralletas.

De pronto la inmensa sala de exposiciones iba a convertirse en un cementerio. Castillo saltó hacia atrás, para ponerse fuera del alcance de las balas, mientras aullaba:

—¡A ellos! ¡Abrasadlos, malditos! ¡Convertidlos en pedazos...! ¡Reviéntenloos...!

Las metralletas aullaron.

Si Clive Marton no hubiese sabido aquello, si el propio general Castillo no le hubiera alertado con sus palabras, habría quedado metido de lleno en el centro de aquella red de muerte. Pero desde el momento en que los sicarios alzaron sus metralletas, él sabía ya lo que tenía que hacer.

Dio un empujón a Sheila.

La derribó por el suelo.

Y él se cobijó detrás del único lugar seguro que había en la exposición: el enorme bloque de acero sobre el cual habían estado asentadas las joyas.

Las balas se hicieron pedazos en él.

Se convirtieron en esquirlas y saltaron en todas direcciones.

Mientras tanto Clive había sacado su *«Parabellum»*. Una sola cosa tenía a su favor... y era la confusión inenarrable de sus enemigos, que disparaban rabiosamente sin comprender aún que la liebre se les había escabullido de momento. Incluso no comprendieron al principio que pudiera estar detrás del bloque de acero.

Clive hizo un solo disparo.

Uno de sus enemigos saltaba de costado.

Terminó el salto en el más allá.

La bala del nueve largo le había atravesado la cabeza. Se estrelló contra uno de los automóviles de lujo que durante varios días se había exhibido ante un público boquiabierto que jamás podría comprarlo.

Clive también se lanzó hacia aquel automóvil.

Ya no le convenía estar más detrás del bloque de acero. Le tenían localizado y le rodearían inmediatamente.

Penetró en el coche por una de las portezuelas. Salió por la otra.

Todo fue tan rápido que sus enemigos tampoco negaron a darse cuenta de la maniobra. De pronto Clive brotó por la portezuela opuesta.

Uno de los oficiales de la policía gritaba:

—¡Fuego!

Y le hicieron caso.

Sólo que el fuego vino hacia él.

La bala del nueve largo le penetró por el pabellón auricular derecho. El oficial dio un terrible salto antes de estrellarse contra sus propios hombres.

Éstos chillaban como frenéticos, sin saber exactamente adónde tenían que disparar, pues podían encerrar al general Castillo en su propio círculo de muerte.

Mientras tanto Sheila no se había estado quieta. Ella también tenía una «*Parabellum*», y la usó. Sus dos primeras balas fueron contra dos policías que estaban casi junto a ella ametrallando el bloque de acero.

Quizá con la idea de cazarla viva para «aprovecharla» a su modo, los sicarios no habían disparado contra Sheila aún. Pero inmediatamente se dieron cuenta de que aquella especie de fierecilla podía ser tan peligrosa como un asesino profesional.

Castillo barbotó:

—¡Destrozadla...!

Uno de los esbirros giró su metralleta.

Fue su último movimiento.

Contrajo los músculos y le pareció que disparaba. Pero en realidad la bala de grueso calibre ya le había penetrado por la barbilla y le había salido por la parte superior de la cabeza.

Fue como un trágico movimiento a cámara lenta, fue como si la bala pudiera verse.

Cuando aquel hombre cayó derribó a otro que estaba tras él, pero inmediatamente surgió otro más. Y éste hubiera despachado a Sheila de no haber disparado Clive desde el lado opuesto del automóvil.

Otra cabeza sufrió una sacudida terrible.

Se oyó un alarido de muerte.

Un cuerpo humano pareció clavarse en la pared en tanto Sheila saltaba hacia atrás con toda la fuerza de sus ágiles piernas. Inmediatamente se encontró corriendo como una loca entre los coches expuestos, cuyos cristales saltaban hechos añicos. Todo el inmenso recinto de la exposición se había convertido en un carnaval de estampidos, de sangre y de muerte.

Clive corría en zig-zag, también. Pero no lo hacía al azar, sino sabiendo perfectamente adónde se dirigía. E igual pasaba con Sheila.

Iban a poner en práctica la última parte de su plan.

El proyecto para huir.

Lo que Castillo no esperaba.

Porque el general había dado por descontado desde el principio que del recinto no iba a poder salir ningún caballo, ningún coche. Un círculo de muerte lo rodeaba todo. Pero no podía imaginar que Clive Marton tenía previsto huir con el único vehículo que, además de estar a su disposición allí mismo, podía destrozar la táctica de sus enemigos. Porque Clive pensaba escapar... ¡en uno de los aviones!

Mientras corría junto a Sheila gritó:

—¿Pagaste bien a aquel hombre para que llenase el depósito de gasolina?

—¡Sí! ¡Y espero que no haya fallado! ¡Porque si ha fallado reventamos aquí los dos!

Dieron casi al unísono un salto pasando por encima de un pequeño descapotable.

Cayeron materialmente hechos dos ovillos entre las ruedas del «Curtis».

Las balas parecieron convertir en espuma el último coche sobre el cuál acababan de saltar.

Las balas parecieron convertir en espuma el último coche sobre el cual acababan de saltar.

Castillo aulló:

—¡A ellos! ¡Avanzad! ¡Destrozadlos, hijos de perra...!

Pero los dos fugitivos ya estaban junto al avión. El «Curtis», como la mayoría de los lectores saben, no es un avión moderno ni mucho menos. Se trata de un biplano que fue empleado hasta los primeros meses de la II Guerra Mundial, siendo inmediatamente desplazado por otros aparatos mucho más eficaces. Hoy es casi una pieza de museo (por ejemplo en Malta se exhibe uno que participó en las grandes batallas aéreas sobre la isla), pero muchos pilotos veteranos aún lo emplean por sus excepcionales dotes de flotabilidad. Es un aparato muy manejable, que necesita muy poco

espacio para despegar y que prácticamente no tiene accidentes nunca.

Y ése era el avión en el que habían puesto los ojos Clive y Sheila desde el momento en que imaginaron aquel audaz plan. Los «Mirage» no les servían porque jamás podrían despegar en aquel recinto cerrado donde un avión de esa clase se «tragaría» la distancia en fracciones de segundo. Pero un «Curtis» podía hacer el milagro. Un «Curtis» podía despegar en una zona reducida, planear por encima de los coches exhibidos y... ¡y salir por la puerta!

¡La puerta era lo bastante ancha y alta para permitirlo! ¡Parecía la de un hangar!

Claro que en aquel momento Castillo no podía ni imaginar remotamente que el plan de los fugitivos fuera ése. En primer lugar porque ninguno de los aviones tenía gasolina; en segundo lugar porque sólo un piloto suicida se hubiese atrevido a hacer aquello.

Incluso Castillo lanzó un grito de triunfo al darse cuenta de que ya tenía acorralados a sus enemigos. Los disparos habían obligado a éstos a refugiarse en el único sitio del que no podían escapar: el fondo del enorme recinto, donde no había ninguna otra salida.

Clive Marton contuvo la respiración.

Habían vivido muchos momentos decisivos, pero éste era quizá el peor de todos ellos. Al trepar al avión se exponían a ser un blanco fácil, puesto que quedarían al descubierto.

Si fallaba lo que había preparado Sheila...

Porque Sheila, evidentemente, también tenía prevista aquella circunstancia. Sacó de su bolso dos granadas de humo y las lanzó inmediatamente entre los coches.

Una espesa niebla lo envolvió todo. Los hombres de Castillo, que avanzaban entre los vehículos, se encontraron de pronto con que no veían nada a dos pasos. Empezaron a lanzar maldiciones, pero todos tuvieron un mismo pensamiento.

Un pensamiento, por otra parte, absolutamente lógico.

Si los dos fugitivos empleaban granadas de humo era para correr hacia la salida del recinto, no hacía el fondo del mismo. Por lo tanto todas las balas se dirigieron hacia el ancho pasillo que podía llevar a la puerta.

Los coches expuestos saltaron hechos pedazos.

Uno de ellos, que tenía algo de gasolina, se incendió

convirtiéndose en una bola de fuego. El humo contribuyó a hacer aún más dantesca la escena y a cubrir a las personas que se movían en ella.

Pero lo que nadie imaginó ni por asomo fue que Clive y Sheila treparan al «Curtis», completamente cubierto por la niebla blanca de las bombas. Sólo cuando Castillo oyó el ruido del motor tuvo una contracción brutal en todos sus músculos y abrió los ojos desorbitadamente, igual que si sufriera una alucinación.

—¡Allí! —gritó—. ¡Todos a los aviones!

Sus sicarios no le entendieron al principio, puesto que además el humo les tenía completamente ciegos. Pero, de una forma maquinal, las metralletas giraron y las balas empezaron a regar con su chorro de muerte el sitio en que estaban los aparatos.

Clive y Sheila ya se habían colocado en sus puestos. El «Curtis», un biplaza relativamente cómodo, se había puesto a vibrar en aquel espacio cerrado. Clive Marton escuchó con angustia el ruido del motor, mientras las gotas de sudor le llegaban hasta la boca.

Si una sola pieza fallaba, estaban perdidos.

El acabaría convertido en carne picada y Sheila acabaría convertida en algo peor antes de ser liquidada igualmente.

Pero el hombre que había llenado de combustible el depósito del avión les había informado también de que el motor fue repasado antes de la exhibición del aparato. Precisamente en Nueva Surinam se decía con orgullo *que* todo lo colocado en aquella exposición era capaz de funcionar. Los giros de la hélice eran perfectos.

Las calzas ya habían sido retiradas de las ruedas antes de que ellos treparan a los asientos.

Clive pensó con un estremecimiento: «Adelante»...

Muy pocas personas en el mundo se hubieran atrevido a hacer aquello, pero él era un piloto de gran pericia y además se había entrenado concienzudamente para aquel trabajo. Todo era cuestión de reflejos, de vista... ¡y de nervios!

Cuando el aparato empezó a rodar, Clive sabía que unas centésimas de segundo de vacilación podían llevarle a la muerte. Por lo tanto miró fijamente la puerta. El avión empezó a rodar por el pasillo.

De pronto los hombres de Castillo lo vieron aparecer por entre la masa de humo. Se oyeron gritos de asombro y alaridos de odio.

El general Castillo gritó:

—¡Allí!

Las metralletas giraron todas en la misma dirección.

Clive comprobó que había cintas de balas en las dos ametralladoras situadas bajo las alas del aparato.

Dio más gas.

Tiró del timón hacia atrás...

... ¡Y el avión se despegó del suelo! ¡Voló por encima de las cabezas de los aterrorizados hombres de Castillo!

Éstos se sentían tan asombrados que no pudieron reaccionar en el primer momento. Disparaban en todas direcciones, pero sin apuntar a ningún sitio. Mientras tanto el «Curtis» volaba como una bala hacia la salida del recinto.

Clive sintió como si una bola de angustia estallara dentro de cada uno de sus ojos.

Porque se dio cuenta de que había tomado demasiada altura. Iba a estrellarse contra el dintel de la puerta si seguía así.

¡Y ya no tenía tiempo de bajar el timón! ¡Si lo bajaba con demasiada brusquedad, capotaría contra el suelo!

¡Además los soldados estaban cruzando un camión en la puerta...!

Bruscamente maniobró para girar.

Sus dientes chirriaron.

Sus nervios estaban sometidos a la misma presión salvaje que las alas del «Curtis».

Cuando ya iba a chocar con el dintel de la puerta, el avión se inclinó bruscamente y giró. La maniobra fue tan precaria que el tren de aterrizaje partió materialmente sobre la pared. Las ruedas despidieron chispas. El «Curtis» pareció salir rebotado.

Clive vio que el techo venía vertiginosamente hacia ellos.

El avión iba disparado hacia allí.

Clive contrajo sus músculos.

Abrió la boca. Sus ojos se empequeñecieron como si vieran la muerte.

Él no hubiera sabido pilotar un «DC-8»,

por ejemplo, pero había hecho ensayos y más ensayos con un avión como aquél. Por lo tanto lo dominó. Pudo restablecer la horizontal

antes de que el «Curtis» chocara contra el techo del edificio.

Pero ya estaba llegando al lado opuesto de la inmensa nave.

El espacio se le terminaba.

El «Curtis» estaba allí como una mosca encerrada en una pequeña caja, y que para volar no tiene más remedio que dar vueltas y más vueltas por el interior de ésta. Con la diferencia de que el avión no podía posarse en ninguna parte.

Castillo aulló:

—¡Va a estrellarse! ¡ATRAS!

Tenía un miedo muy justificado a la explosión terrible que se produciría unos segundos después, y que sin duda lo incendiaría todo.

Los hombres se lanzaron a tierra.

Dejaron de disparar.

Clive vio avanzar hacia él la pared a velocidad vertiginosa.

Era como una lejana pesadilla. Le parecía ver una película en la que no participaba él mismo. Y entonces pensó absurdamente que aquel ver venir la muerte, aquella aproximación meteórica de la pared era un espectáculo hermoso.

Sus nervios funcionaron en la última fracción de tiempo, en ese segundo decisivo que nos separa del más allá.

El avión volvió a girar. Pareció patinar contra la pared y otra vez el tren de aterrizaje despidió chispas.

El «Curtis»... ¡regresaba a la puerta!

Castillo había sujetado una metralleta. Sus ojos desencajados presenciaban aquel espectáculo que le parecía increíble. Se pegó con varios de sus hombres a un «Ford» dispuesto a tender hacia el techo una cortina de fuego.

Clive los vio ante el morro del aparato.

Iba hacia ellos en vuelo rasante.

Y disminuyó un poco más la altura mientras apretaba en un espasmo el botón que hacía funcionar las dos ametralladoras situadas bajo las alas.

Eran unas ametralladoras de calibre pesado, como todas las de los aviones. La cortina de plomo que enviaron fue densa y rugiente como una andanada de artillería.

El general Castillo y sus hombres, agrupados en torno al coche, fueron cazados en el centro de aquel infierno. Las balas los

envolvieron, los cosieron, los achicharraron, los partieron en pedazos. Cuando el «Curtis» pasó como una exhalación sobre sus cabezas, les había descargado ya encima toda una cinta.

Clive Marton entrecerró los ojos otra vez, hasta que éstos fueron de nuevo como dos puntas de alfileres en su rostro.

Sabía que Castillo había muerto, y sabía también, que quizá la desdichada población de Nueva Surinam, y especialmente la de la capital, Punta Maroni, encontraría con ello una libertad que nunca había tenido.

Pero él no llegaría a verlo.

Ni Sheila.

Los dos iban a quedar convertidos en harina. Iban a tragarse sus propios huesos.

Porque la puerta ya estaba allí otra vez. Y el camión casi la bloqueaba. Sólo quedaba la altura justa para que pasase el «Curtis», tan justa que seguramente el tren de aterrizaje chocaría con el techo del vehículo atravesado. Y entonces ellos dos se irían al infierno sin remedio:

Pero no tenía otra opción que intentarlo. Prácticamente ya estaban en el infierno, de modo que no importaba meterse en él un poco más. Clive calculó las distancias instantáneamente mientras alzaba el timón un poco.

Vio que el dintel de la puerta avanzaba vertiginosamente hacia su cabeza. Tuvo la sensación de que las alas se empotrarían allí.

Todo seguía pareciéndole un sueño, y absurdamente aquella muerte meteórica seguía pareciéndole hermosa.

Bajó el timón un poco.

Unos milímetros.

El avión obedeció.

Las alas rozaron materialmente el dintel mientras las ruedas del tren de aterrizaje giraban al rozar a su vez el techo del camión. El aparato se deslizó por un espacio tan angosto que apenas le quedaban dos palmos por arriba y dos palmos por abajo. Los soldados que estaban en el camión lanzaron un grito unánime.

No podían creerlo.

Tampoco podía creerlo Clive cuando de repente se vio al aire libre, en la calle, volando apenas a cuatro metros por encima de los coches. Al inclinarse unos grados el avión, el ala inferior derecha

tocó incluso el techo de uno de ellos.

Clive volvió a tirar del timón hacia atrás. Ahora acuella situación que hubiera vuelto loco a un piloto normal le parecía un juego de niños. Ganó altura hasta sobresalir por encima de las casas.

Punta Maroni quedaba bajo sus pies. Quedaba como un enjambre humano lleno de color, de luz, de música, lleno de vida y a la vez de muerte. Quedaba atrás como un mundo excitante lleno de mujeres hermosas, de chiquillos hambrientos y de hombres con el gatillo fácil. Quedaba bajo sus ojos como uno de los últimos paraísos del mundo, un paraíso al que también había llegado la inevitable serpiente. No todo el mundo tenía la suerte de diñarla en un sitio así. No todos los muertos tenían la suerte de ser enterrados en un paraíso propio.

Clive volvió la cabeza mientras ganaba altura.

—¡Nos hemos salvado! —gritó—. ¡Sheila, nos hemos salvado! ¡Y hemos dado el mejor golpe de nuestra vida!

Estaba exultante de gozo, estaba viviendo el mejor momento de su existencia. No sólo se habían convertido en millonarios, sino que habían ayudado a un pobre país a recobrar la libertad. Las casas desfilaban raudas bajo las alas, las calles se empequeñecían, las manchas de los árboles se hacían más y más verdes. Parecía, como si bajo las alas sonase una música.

Sheila gritó:

—¡Mira abajo!

Una muchedumbre hambrienta, desvestida, jadeante, les aclamaba. Seguramente aquella muchedumbre no sabía por qué, pero llena de entusiasmo ante las noticias del cambio político, aclamaba cualquier coche, cualquier avión, cualquier bandera. El «Curtis» volaba ahora sobre una miserable «bidonville», sobre una ciudad hecha de latas de bidones, donde se amontonaban todas las miserias y todas las frustraciones de Nueva Surinam. Donde se alineaban —sin más armas que su esperanza—, todos los hombres y mujeres a los que jamás llegaría la fortuna.

Clive Marton pensó que tenía que despedirse dignamente de ellos. Pensó que antes de desaparecer tenía que saludarles al menos con una pirueta, a través de la cual daría también suelta a su alegría. Puesto que llevaban puestos los cinturones de seguridad,

invirtió el ágil aparato y dio un par de vueltas de campana en el aire ante los ojos atónitos de los que, estaban abajo.

El avión recobró elegantemente la línea de vuelo.

Sheila gritó entonces con voz crispada:

—¡Mira! ¡Mira otra vez...!

La gente se arremolinaba abajo. Se lanzaba sobre algo. Se disputaban una cosa que desde arriba era imposible ver.

Clive gritó:

—¿Pero qué cuernos les pasa?

—¿No lo imaginas?

—¡Ni idea!

—Pues muy sencillo, Clive... Nosotros llevamos puestos los cinturones de seguridad para no caer cuando se invierte el avión... ¡pero el saco con las joyas y el dinero no lo llevaba puesto...!

La voz de la muchacha había sido casi desgarrada.

Clive Marton sintió que se le secaba la boca.

Que se le paralizaban los nervios.

Que una especie de hierro al rojo le penetraba en mitad de la garganta.

—¿Quieres decir que..., que ha caído?

—¡Pues claro! ¡Todo lo que conseguimos se ha ido al diablo! ¡Está ahí abajo!

—Entonces con toda esta aventura..., con todo este lío infernal... ¡no hemos conseguido nada!

—¡Nada, Clive! ¡Y ahora ya no hay quien lo recupere! ¡No tenemos ni un dólar!

Clive Marton pensó que iba a desmayarse.

Nunca había sentido un hundimiento así.

Pensó que iba a perder el mando del aparato y a estrellarse en el fondo de aquel paraíso verde.

Abajo estaba la «bidonville». Abajo la multitud hambrienta que se repartía las joyas y los lingotes de platino tan ambicionados por el general Castillo. Abajo estaba...

De pronto Clive lanzó una carcajada.

Fue una carcajada rotunda, alegre, casi gloriosa, en tanto remontaba el morro del aparato hacia el cielo azul.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Sheila, creyendo que se había vuelto loco.

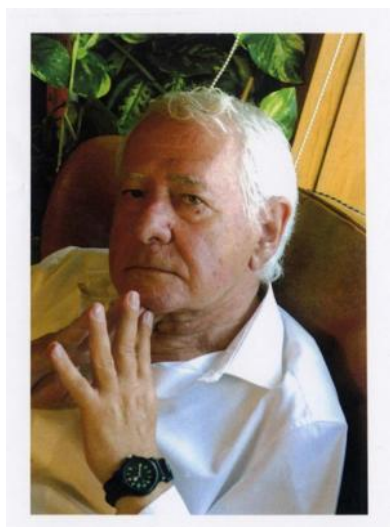
—Nada, Sheila... ¡No me pasa nada! —gritó—. ¡Sólo que pienso que nunca una fortuna como ésa había tenido tanta utilidad! ¡Dios es mucho más sabio de lo que todos pensamos! Pero no estaremos sin dinero mucho tiempo...

—¿No? ¿Por qué?

—Pues verás... Tengo un plan... Si logramos repostar de gasolina en la Guayana holandesa... Y si mantenemos el vuelo... Y si calculo bien las distancias y consigo aterrizar en el tejado del Banco más importante de Caracas... ¡Te aseguro que nos forramos, Sheila! ¡Somos millonarios antes de una semana...!

Y, mientras lanzaba otra carcajada, siguió volando.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] El La Martinière fue un buque dedicado exclusivamente a trasladar condenados desde los puertos franceses a los siniestros enclaves de Cayena y la Isla del Diablo. Muchos hombres murieron en él durante las largas travesías. Estuvo dedicado a este triste servicio hasta su desguace, poco antes de la II Guerra Mundial. (N. del A.). < <

[2] «Fondo de reptiles»: expresión del «argot» político y periodístico con que se designan las cantidades que los ministerios y altas direcciones generales tienen para pagar servicios discretos y que no pueden figurar en el presupuesto: por ejemplo chivatos. El oscuro destino que se suele dar a estas cantidades, y la clase de tipos que merodean en torno a ellas, ha hecho que merezcan el expresivo nombre con que se las conoce. (N. del A.). < <